

UN DRAMA DE FAMILIA

I.

Federico á Aurora.

Madrid, 10 de Octubre.

Sólo tú faltas á mi felicidad.— Si estuviese aquí la suave, la cariñosa compañera de mi niñez y de mi adolescencia; la que conocí en la cuna; la que creció á mi lado; en fin, la que compartió mis juegos infantiles, sería el hombre más dichoso del universo.

Tengo una madre amantísima, que únicamente para mí vive; un amigo verdadero—*rara avis!*— que es como entrañable hermano.

La una me prodiga cuidados y caricias, cual si fuese todavía un niño—cuando he cumplido ya veinticinco años;—el otro me si-

gue, me acompaña á todas partes, mostrándome igual adhesión que desinterés.

Los tres pasamos la vida juntos.—Adolfo es pobre: sólo cuenta con un modesto empleo, cuyos emolumentos apenas bastan para sus primeras necesidades.

Así, come en casa todos los días; si no salimos, se queda con nosotros; si vamos al teatro, á alguna tertulia, á alguna reunión, le llevamos en nuestra compañía.

¡Es tan afable su carácter! ¡Es tan noble su corazón!

Leo como en un libro en él, y sólo descubro dignos, levantados, generosos sentimientos.

Mi madre le quiere tanto como yo, porque hace justicia á las altas cualidades de su espíritu y de su alma.

Aunque tiene cinco ó seis años más que yo, participa de mis gustos, de mis aficiones, de mis preferencias.

Todas las cuestiones las juzgamos desde igual punto de vista; jamás manifiesta ideas distintas de las mías; jamás ha habido entre nosotros diferencias de apreciación.

Mi madre le tiene en igual estima que yo, y Adolfo la manifiesta la mayor consideración y el más profundo respeto.

¿Por qué no vienes tú á pasar una temporadita con nosotros, á compartir nuestros placeres y nuestras distracciones?

Dirás que tu padre está viejo y achacoso; que no puede hacer un viaje tan largo y molesto.

Pero ¡quién sabe!—Quizás le convendría para su salud. Solitos como estáis en ese rincón de Galicia, debéis aburrirnos horriblemente.

Cierto que tú eres modelo de hijas y de amigas; que te dedicas constantemente á endulzar la existencia del que te dió el ser.

Sin embargo, estoy seguro de que tendréis algunos momentos de fastidio y de tristeza.

Es natural: os halláis bastante lejos de la población más inmediata, y unicamente de vez en cuando os van á visitar los deudos y amigos más próximos.

Nosotros—¡cosa rara en Madrid!—tenemos una casa bastante espaciosa, y podríamos daros cómodo y holgado alojamiento.

Mi madre se une á mí para rogaros que vengáis á pasar el otoño—la mejor estación en Madrid—á nuestro lado.

Conocerás de esa manera á Adolfo, persuadiéndote de que no son exagerados mis elogios.

Su figura es tan noble como su corazón, siendo imposible hablarle una vez sin experimentar un sentimiento de simpatía hacia él.

Mi madre le estima mucho, porque conoce bien sus raras prendas y virtudes.

Conque animate, Aurora amada; y que tu próxima epístola determine la fecha de vuestro arribo.

II.

Del mismo á la misma.

Madrid, 16 de Octubre.

¿Conque tu buen padre no se atreve á hacer el viaje?—Lo deploro, aunque lo comprendo.

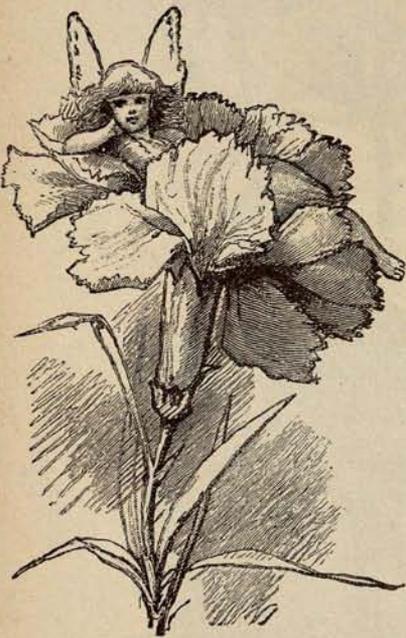
Treinta horas de camino de hierro son demasiado para una persona de edad, y que apenas tiene un día bueno.

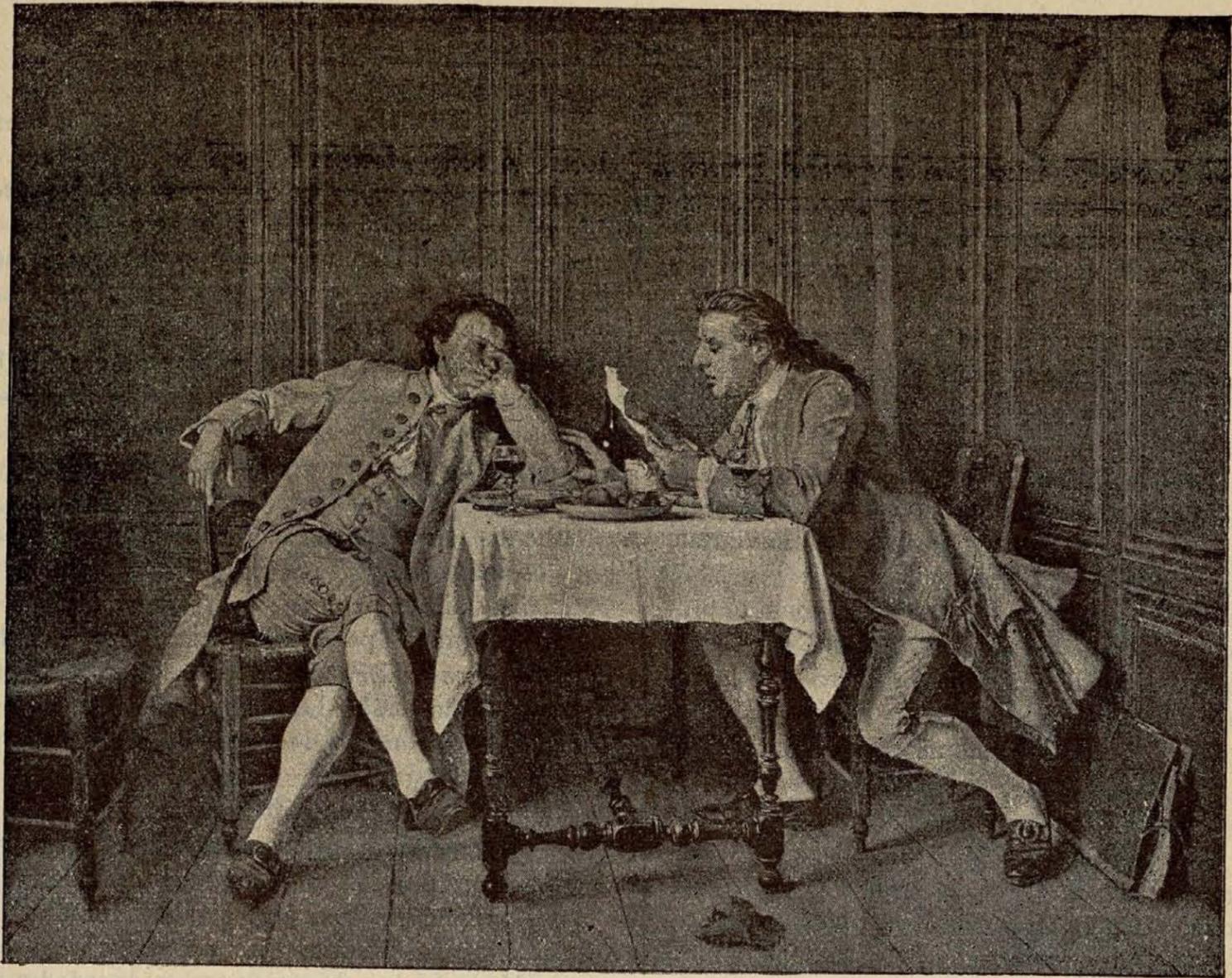
Tu carta ha venido, pues, á destruir mis ilusiones, á dejarme disgustado para algunos días.

¡Cuánto nos hubiéramos divertido á haberse realizado mi proyecto! Habríamos ido juntos á todas partes: á paseo, al teatro Real, á nuestra posesión de Canillejas....

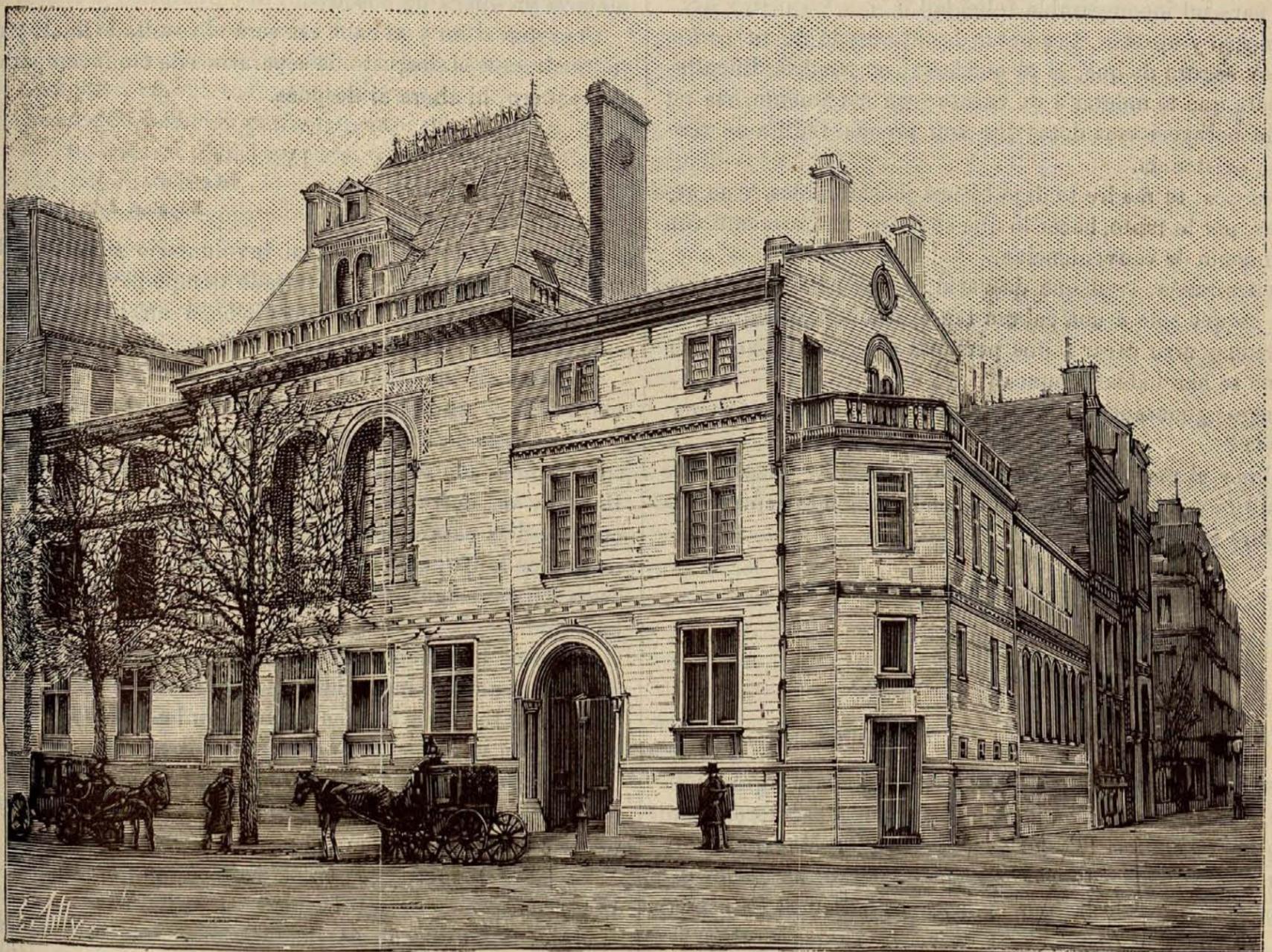
El más afligido de todos es Adolfo, que tiene vivos deseos de conocerte.

¡Como le hablo tanto de ti! ¡Como ha visto tu fotografía! ¡Y como yo le he fotografiado tus condiciones incomparables de ternura, de bondad y de talento!.....





LA CONFIDENCIA.
CUADRO DE MEISSONIER.



PARÍS,—HOTEL DEL BOULEVARD MALESHERBES QUE HABITABA MEISSONIER.

Mamá también está inconsolable.—Le hace falta una amiga, una compañera que divida con ella los goces, los placeres, y quizás hasta los cuidados.

Con mucha, con sobrada frecuencia, me aconseja que me case; pero yo, que no tengo secretos para ti, te aseguro que no siento la menor inclinación al matrimonio.

Á pesar de mi temperamento tranquilo y sosegado, prefiero á todo la libertad, la independencia.

Mira tú, ya que no vienes, estoy pensando en ir á pasar el invierno en Italia. No conozco aquel país que todos pintan tan bello, tan delicioso, tan encantador.

Por supuesto que le sacaríamos á Adolfo una licencia de sus jefes para que nos acompañara; porque si él no viniese, nos faltaría algo, mucho, para estar contentos.

¡Qué lástima que no hayas venido á la corte, como te propusimos! Le habrías conocido entonces, y ¡quién sabe!.....

Para ti no tengo secreto alguno, y voy á revelarte la extraña idea que me había ocurrido.

Tú eres hermosa, simpática como ninguna. Adolfo tiene una figura gallarda y elegante, cual pocos hombres. No es rico; pero posee gran talento, sólida instrucción, delicado gusto.....

¡Qué preciosa pareja habrías hecho los dos!

Te veo sonreírte; te oigo exclamar al leer las líneas anteriores:

—¡Federico está loco!

No, no estoy loco.—Mi madre, tú y él sois mis únicas afeciones en la tierra. Así, vivir reunido siempre con vosotros, sería para mi incomparable felicidad.

Conozco y aprecio el carácter desinteresado de tu padre, y estoy seguro de que, si tú quisieras, no pondría dificultades para que te unieras á un hombre sin patrimonio, con tal de que poseyese esas dotes que son prenda segura de venturosa existencia.

Eres rica: tu madre te dejó bienes considerables, y no necesitas, por lo tanto, hacer lo que se llama vulgarmente «un matrimonio de conveniencia».

Tienes razón: creo que desvarío, ó que escribo una novela; porque sólo á una cabeza tan exaltada como la mía se le puede ocurrir casar á dos personas que no se han visto, que no se han hablado nunca.

Luego, ¿consentiría tu padre en una boda tan descabellada?

Salimos el martes para Barcelona, Marsella y Niza. Desde este último punto, donde nos detendremos una semana, te escribiré largamente.

III.

Del mismo á la misma.

Niza, 2 de Noviembre.

Estamos haciendo, querida Aurora, un viaje agradabilísimo.—El tiempo nos favorece de un modo extraordinario; mientras en Galicia lloverá á cántaros, y en Madrid se morirán de frío, aquí vamos vestidos de verano; paseamos por la noche á la luz de la luna, y creemos hallarnos en primavera, viendo el campo cubierto de verdura y los jardines esmaltados de flores.

El aire es tibio, el sol brillante:—los días deslumbradores de luz, las noches serenas y de luna.

¡Qué contentos estamos de la expedición! ¡Qué felices somos los tres, constantemente juntos!

Tú conoces á mi adorada madre; sabes que, aunque tiene cuarenta y dos años — *sonnés*, según dicen los franceses — no representa más de veintiocho ó treinta; pues bien, aquí parece transfigurada, más bella, más alegre, más bulliciosa que de costumbre. Nos acompaña á todas las expediciones; monta á caballo diariamente; inventa y dirige viajes á los sitios y pueblos más pintorescos de las cercanías, y siempre está dispuesta á correr, á divertirse como una muchacha.

Nadie diría al verla que tiene más edad que nosotros dos, y que es una persona grave y formal en todo.

Mañana salimos para Génova, por *la Corniche*; de allí iremos á Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán y Turín, para regresar después á la corte de las Españas.

Pero ¿cuándo será?—Lo ignoro.—Lo malo es que Adolfo no tiene sino dos meses de licencia, y, á lo sumo, podremos obtener uno de prórroga.

Esta mañana le he indicado á mamá un medio para que continúe—indefinidamente—con nosotros, y me parece que no lo ha acogido mal.

Sabes que somos ricos; pues bien, podríamos nombrar á Adolfo nuestro apoderado general, en lugar del que tenemos en Madrid, el cual, por su avanzada edad y sus males no atiende debidamente á nuestros intereses. De ese modo mejoraría más la situación del pobre muchacho, y no se alejaría ya nunca de nosotros.

Creo que al fin y al cabo ese será el resultado final, y que no tendremos el disgusto de separarnos de tan incomparable compañero, ni ahora ni después.

IV.

Nápoles, 4 de Enero.

¿Me perdonas mi largo, mi involuntario silencio?—Durante casi dos meses me ha faltado tiempo para todo.

Cada día un viaje, una expedición á un sitio diferente; cada día una emoción distinta, un placer nuevo.....

Vivimos en un éxtasis perpetuo, recorriendo, visitando maravillas y prodigios de la naturaleza y del arte.

Hemos estado una semana en Sorrento, embelesados con su campiña, con sus recuerdos del Tasso y de Petrarca, de Rafael y de Correggio: ayer llegamos aquí, donde no sé cuántos días pasaremos, porque no aparto la vista de este magnífico golfo, como no sea para mirar el Vesubio, cuya erupción es—según dicen—una de las más magníficas que ha habido.

Como no hay dicha completa en el mundo, noto á mi madre menos alegre, más distraída que de costumbre.

A veces se queda sola en el hotel, ordenándonos á Adolfo y á mí que vayamos á hacer alguna correría.

Al regresar, sus ojos encendidos, su melancolía, que inútilmente trata de ocultar, me hacen creer que durante nuestra ausencia ha llorado.

En balde la interrogo; en balde la colmo de caricias y de besos.

Me contesta que no se siente buena; que está cansada, rendida de tantas expediciones.

Pero no, no: su mal es moral y no físico, y vanamente me esfuerzo en adivinarlo.

He hablado del particular con Adolfo, quien pretende que veo visiones, y que el excesivo cariño que profesó á la que me dió el ser es la sola causa de mis temores.

Lo peor de todo es que me veo obligado á marchar á París, donde reclaman mi presencia asuntos de intereses.

Hemos acordado que mi madre se traslade á Roma, en compañía de Adolfo, y que allí aguarde mi regreso, para continuar entonces nuestra visita á las demás ciudades de Italia.

Te aseguro, Aurora mía, que todo esto me aflige de veras, y que el buen humor que antes tenía ha desaparecido por completo.

Siento, ante todo, separarme de mi madre en su actual situación; y lo único que me consuela es dejarla con mi amigo del alma, quien la mira con igual ternura que yo, y es para ella otro hijo, como es para mí un hermano.

V.

Roma, 8 de Marzo.

Ya me tienes aquí: ya estoy de regreso, después de terminados felizmente los negocios que me llevaron á París. He obtenido éxito completo en la liquidación de nuestras cuentas con el banquero que fué asociado de mi difunto padre, y he traído aquí parte de los fondos, porque mi madre, cada vez más enamorada de Roma, desea comprar una casa, para pasar en ella todos los inviernos.

El plan me ha parecido perfectamente, pues yo también gusto mucho de este delicioso país, cuyo clima conviene á la salud, ahora delicada, de la pobre señora.

La situación de su espíritu no ha variado: sigue triste, abatida, preocupada.

También advierto un cambio semejante en Adolfo: él, que era antes alegre, bullicioso, bromista, parece haber perdido conmigo la confianza y la franqueza.

No tiene ya aquellos momentos de expansión en que me mostraba hasta el fondo de su calma: parece que guarda un secreto que no puedo, que no debo saber.

Le he interrogado en diferentes ocasiones, sin lograr resultado alguno: se corta, se turba, tartanudea, sin darme satisfactoria explicación de su actitud ni de su conducta.

Todas estas cosas me tienen disgustado y afligido; y sufro igualmente los efectos de la situación de dos personas queridas.

Es indispensable que averigüe la verdad, que descubra el secreto de cada uno de ellos, y trate de devolverles la alegría y la tranquilidad.

VI.

Roma, 20 de Marzo.

Aurora, hermana mía, ¡soy el hombre más infeliz del mundo! ¡Ya no me queda duda alguna: ya he descubierto la horrible, la espantosa verdad!

Adolfo es un infame, un miserable, un traidor.—Durante

largo tiempo ha escondido cuidadosamente sus perversas intenciones; durante cinco ó seis años ha sido falso, hipócrita conmigo, demostrándome singular afecto, para llevar á cabo mejor sus proyectos.

Te escribo loco, delirante, fuera de mí, y tú juzgarás si no me sobran motivos para tanta desesperación.

En mis cartas anteriores te he dicho la mudanza extraordinaria que había advertido en mi madre y en el que se llamaba mi amigo.

Después de infructuosos, de inútiles esfuerzos para descubrir el misterio, resolví hacer lo que ellos:—disimular, esconder mis impresiones; mostrarme alegre y contento, para poder observarlos mejor.

Acaso mi conducta ha sido indigna de un hombre honrado, de un caballero.... Pero, ¡si supieses lo que he padecido! ¡Si vieras el estado de mi ánimo y el de mi corazón!

Una sospecha cruel había penetrado en los dos: era menester que me cerciorase de que era injusta ó legítima.

Como desde mi regreso de París no reinaba cordialidad entre Adolfo y yo, no salíamos juntos por lo común, sino que yo me marchaba por un lado y él por otro.

Una tarde me despedí de ambos, diciéndoles que no me aguardasen á comer, pues me proponía hacerlo en el campo; y saliendo por una de las puertas del hotel, volví á entrar por otra, y me escondí en un gabinete inmediato al salón donde permanecían las personas á quienes me proponía espiar.

Por fortuna ó por desgracia, se hallaba abierta, y sólo oculta por una cortina, la comunicación entre los dos aposentos, y no perdía una palabra de la conversación.

—»Adolfo—decía mi madre—no puedo vivir así.—Lo prefiero todo á la conducta de disimulo y de fingimiento que seguimos ha muchos meses. Juzgo una infamia engañar á mi hijo, tan recto, tan leal, tan noble. Es forzoso descubrirle la verdad.

—»¡Imposible!—exclamó Adolfo en tono seco.—Le has educado muy mal, dejándole adquirir sobre ti un dominio y una preponderancia absolutos. El día que lo sepa todo (conozco bien la violencia de su carácter), dará un escándalo y se separará de nosotros.

—»¿Y hemos de continuar así, en esta horrible situación, engañándole siempre?

—»¿Engañándole?—Bien sabes que no lo hemos logrado. Ya ves cómo ha variado con los dos. Ahora se muestra frío, receloso, urañño para nosotros: la antigua intimidad ha desaparecido.

—»Conmigo es siempre igual: tierno, cariñoso, amante. La culpa entera es nuestra, que en vez de descubrirle la verdad, se la ocultamos con singular cuidado.

—»¿Crees tú—interrumpió bruscamente Adolfo—que si la supiera nos perdonaría? ¿Crees que volvería á ser lo que ha sido antes?»

No me pude contener más: levanté la cortina y aparecí á sus ojos, lívido, convulso, delirante.

—»¡Tienes razón, miserable!—prorrumpí frenético.—A ti, madre—añadí encarándome con ella—te perdono: á ti, perverso, no te perdonaré jamás.»

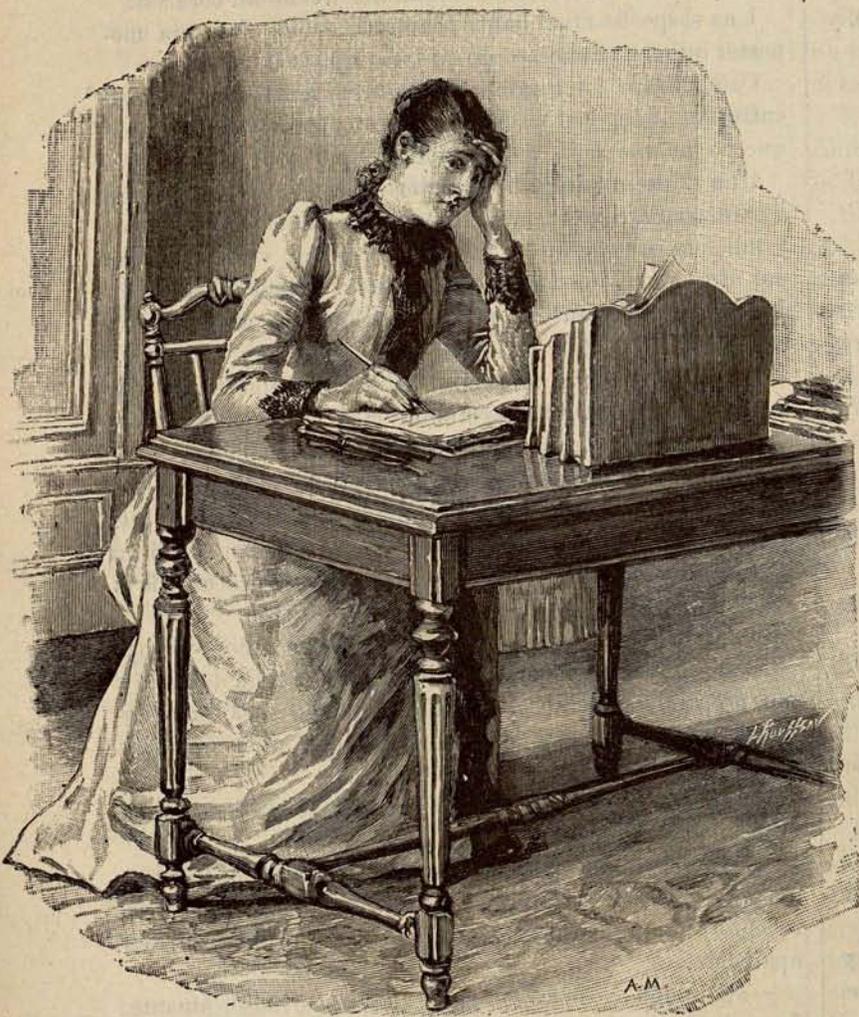
Y fuera de mí, sollozando, abandoné la estancia, sali del hotel y corrí como un loco por la calle en dirección al campo.

El fresco de la noche vino á calmar mi agitación. Me sentía débil, abatido, enfermo: las piernas se negaban á sostenerme, y hube de tomar un coche para conducirme á otro hotel lejano, muy lejano del que habitaban los culpables. Durante tres días no he abandonado el lecho, donde me detenía una fiebre intensa; y hoy únicamente me he levantado para escribirte y desahogar en tu pecho mi angustia y mi dolor.

Aurora, soy el hombre más desgraciado de la tierra, y no hay esperanza alguna de consuelo para mí.

Desprecio ahora á los que antes amaba tanto: huyo y huiré de ellos con el mismo afán con que antes los buscaba, y no abrigo esperanza alguna de variar de propósito.

Su traición es tan infame, tan odiosa, que no cabe indulgencia ni perdón.



VII.

Roma, 30 de Mayo.

Esta mañana he recibido una carta de mi madre.—¿Cómo ha averiguado el sitio donde oculto mi vergüenza y mi angustia? No lo puedo adivinar.

En varias páginas, en que se advierte la huella de su llanto, trata de explicarme su falta y solicita mi perdón.

«Soy todavía jóven—escribe:—la fatalidad trajo junto á mí un hombre dotado de superiores cualidades físicas y

morales. Cada día experimentaba su influjo sobre mi espíritu y mi carácter: cada día descubría en él nuevas dotes y nuevos atractivos. Esa es la única disculpa de mi proceder. Pero yo debí desde el principio hacer una de dos cosas: ó apartarle de nuestro lado, revelándote mis simpatías, ó pedir tu consentimiento para unirme á él.

»Mis dudas, mis indecisiones, han consistido en el temor de disgustarte, de ver disminuido tu afecto ó tu estimación. Conozco que he seguido el peor camino de todos, y que acaso me he enajenado por siempre tu amor.

»¡Oh, hijo del alma mía, perdóname y vuelve á mí! La pasión que me ha subyugado es independiente del cariño que te profeso, el cual ocupa lugar preferente en mi corazón.

»Aun podemos ser venturosos los tres: él será para ti el amigo de siempre, y no ostentará los derechos que deben darle á tu consideración el título de esposo mío.

»Si: durante tu ausencia hemos contraído vínculos sagrados, que no pueden ser, que no serán obstáculo para que te amemos como te hemos amado siempre; para que exista entre nosotros la propia armonía que ha reinado en otro tiempo.»

Esta carta, en vez de calmarme, me ha irritado más.

¿Conque están unidos con lazos eternos? ¿Conque no es un capricho fugaz, sino una verdadera pasión? En fin, ¿conque hay alguno que tiene mayores derechos sobre mi madre que yo?

Este pensamiento me vuelve loco: durante algún tiempo he creído que perdía realmente la razón.

Deseando refrescar un tanto mi cabeza, disminuir la fiebre que me abrasaba, me lancé al campo, me encaramé á un monte, y allí, solo enteramente, reflexioné acerca de la resolución que debía adoptar.

En un solo punto era esta firme, irrevocable: no volver á ver al amigo de otros tiempos, al que tanto había querido, y odiaba entonces mortalmente.

Si me encontrara con él, en alguna parte no podría contenerme: le insultaría, le maltrataría..... ¿Quién sabe? ¡Acaso le diera muerte!

Y cuando estas espantosas ideas surgían más impetuosas en mi mente, le ví aparecer enfrente de mí.

¿Era un sueño, una ilusión, una quimera?

¿El hombre que me contemplaba con rostro triste, con mirada recelosa y con ojos humildes, sería realmente Adolfo, ó pura y simplemente una visión de mi acalorada fantasía?

Pero la duda desapareció al oír su voz, blanda, tierna, suplicante.

—«¡Federico, perdóname!—decía con acento expresivo y cariñoso.

—»¡Perdonarte!—grité, poniéndome en pie, delirante y frenético.—¡Perdonar á un miserable, á un traidor, á un villano!

—»Tú no has amado todavía—repuso con la misma inflexión de voz suave y dulce—y no puedes comprender lo que es una pasión. Además, si el objeto que la inspira es una persona dotada de las cualidades que posee Clemencia, ¿cómo es posible resistir á ella?»

El nombre de mi madre, pronunciado familiarmente, acabó de exaltarme y de ponerme fuera de mí.

—«¡Calla! ¡No hables! No trates de buscar disculpas, porque no las encontrarás. No: tú has procedido así llevado de un sentimiento repugnante de codicia y de ambición. ¿Qué buscabas en la que llamas Clemencia? ¿Su hermosura, su talento, su bondad?—No, no: lo que te ha movido á solicitarla no son sus atractivos ni sus virtudes: sólo has ambicionado su caudal.»

El semblante de Adolfo, hasta aquel instante tranquilo y sereno se transformó súbitamente, y apareció sombrío é iracundo.

—«¡Mira lo que dices!—prorrumpió severo é irritado.

—»Lo que digo es la expresión de mi sentimiento.

—»He venido á ti—añadió dominándose—con rectas y conciliadoras intenciones. Quería, lo primero, pedirte que me absolvieras de mi único pecado, el de fingimiento; y después, rogarte que volvieras á ser para nosotros lo que has sido siempre: modelo de hijos; amigo incomparable.—Si tu madre y yo no conseguimos ahora lo que ardientemente anhelamos, no nos quedará sino una esperanza: la de que el tiempo y la razón sosieguen tu espíritu y calmen tu resentimiento.»

Hablando así, inclinó levemente la cabeza como haciendo un saludo, y dió un paso para retirarse.

—«¡No, no!—articulé cada vez más furioso.—Nunca, nunca olvidaré tu infamia ni tu doblez. Hoy, como mañana y como siempre, no sentiré hacia ti sino aversión y desprecio.»

Detúvose Adolfo y me miró fijamente.

—«¡Mide bien tus palabras!

—»Mis palabras no expresan todavía la repugnancia que me inspiras.»

Entonces se acercó á mí con semblante descompuesto, terrible, amenazador.

—«Si no fueses el hijo de la que es mi esposa, te arrepentirías muy pronto de tus insultos.»

Una nube de sangre turbó mi vista, y sin poderme contener levanté la mano y la descargué sobre su rostro.

En seguida comenzó una lucha terrible entre los dos: asidos por el cuerpo como los atletas, hacíamos uso de todas nuestras fuerzas para combatir.

Yo era el más joven y el más fuerte; pero él luchaba, conociendo su inferioridad, con verdadera desesperación.

Ambos nos sentíamos animados por el propio pensamiento: arrojar al contrario al abismo abierto á nuestros pies.

Por fin, después de algunos minutos de lucha, en que sentía crecer la rabia y el furor, con un esfuerzo supremo levanté en alto á mi enemigo, y le arrojé al fondo del torrente que bullía á nuestras plantas.....

Sí, Aurora, soy un criminal; soy un asesino! He dado muerte al que no tenía otra culpa que haberme robado el cariño de mi madre.

Ahora, ¿qué me resta? ¿Qué debo hacer después de esta horrible catástrofe?—¡Morir yo también!

RAMÓN DE NAVARRETE.



ZALEMAS.



EL MEJOR GUÍA

Á MI QUERIDO AMIGO EL ADMIRABLE POETA

D. FEDERICO BALART

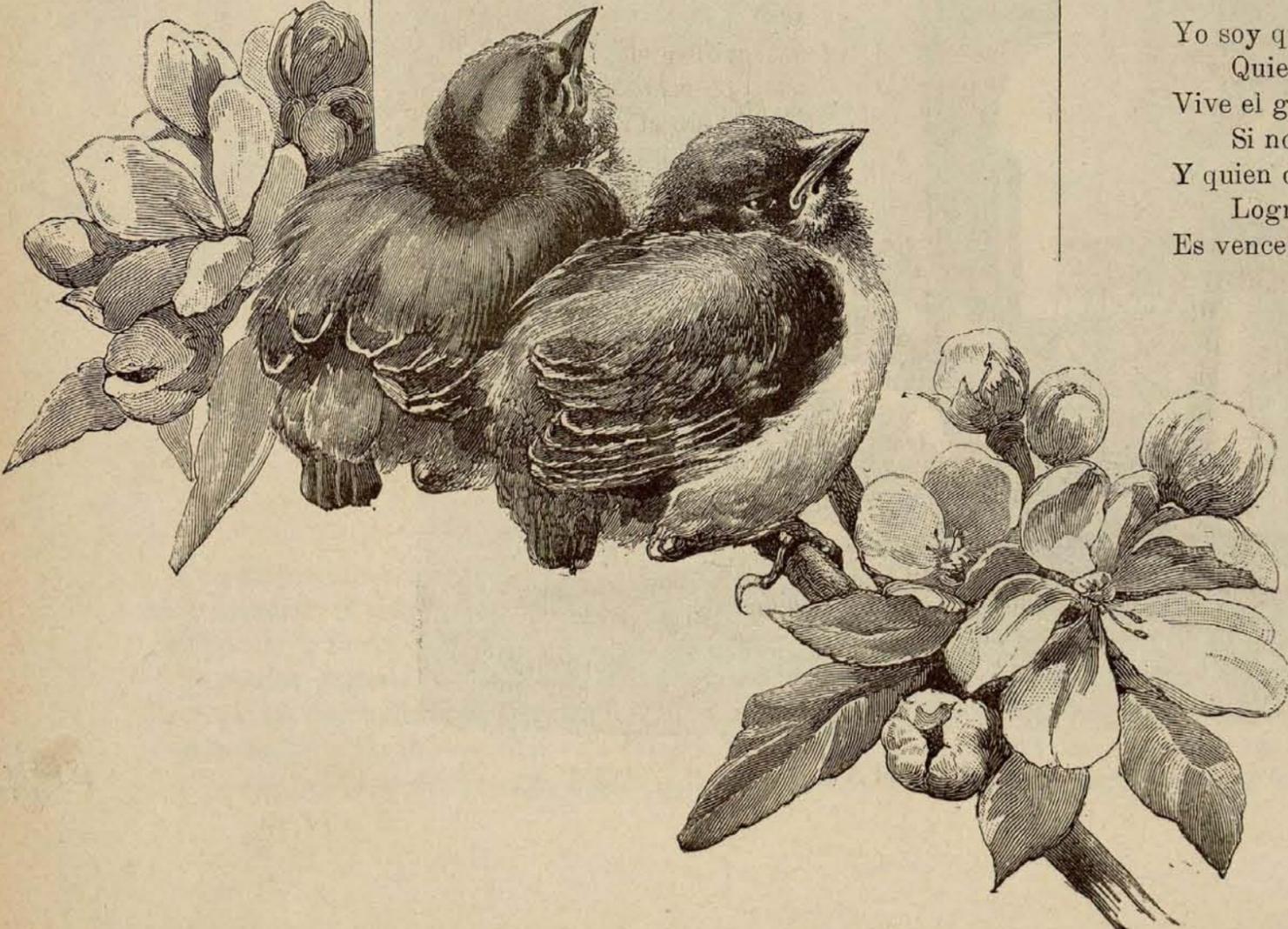
¿Qué buscas de la vida
Por el sendero,
Joven alma que emprendes
Hoy tu camino?
¿Dónde vas por el mundo
Sin compañero?
Necesitas un guía,
Yo serlo quiero:
Sígueme y en mis manos
Pon tu destino.

—¿Quién eres?—¿No lo sabes,
Alma inocente?
¿No me has visto en tus sueños
Embriagadores?
¿De laureles ceñida
Mi noble frente,
Nunca surgi á tus ojos
Resplandeciente
Para ser el más dulce
De tus amores?

En tu labor eterna,
De noche y día,
¿No era yo quien te daba
Constancia firme?
¿No era yo quien de lejos
Te sonreía?
Yo, yo sola, tus fuerzas
Enardecía
Mientras que tú luchabas
Por conseguirme.

Á mí vienen los nobles
Y los pecheros;
Por mí luchan los niños
Y los atletas;
Los alegres me buscan
Y los austeros;
Yo soy quien da laureles
Á los guerreros
Y la frente coronó
De los poetas.

Yo soy quien premia al bueno,
Quien honra al fuerte,
Vive el genio ignorado
Si no le sigo,
Y quien de conseguirme
Logra la suerte,
Es vencedor del tiempo



Y aun de la muerte.....
—¿Quién eres?—Soy la gloria;
Vente conmigo.

—De mi adorada madre
La voz piadosa
En mi niñez bendita
Y aun no lejana,
Me dijo que eras dulce,
Pero engañosa;
Que el alma por ti pierde
Su paz hermosa:
Déjame; yo no quiero
La gloria humana.



—Dices verdad: la gloria
Dicha es mentida;
Ven conmigo, yo tengo
Más altos dones:
Si me sigues dichosa
Será tu vida;
Cuanta ventura sueñes
Verás cumplida
Y serán realidades
Tus ilusiones.

Alcázares soberbios,
Ricos festines,
Músicas encantadas,
Nocturnas fiestas,
Yo te daré de todo
Cuanto imagines,
Y tendrás siempre rosas
En tus jardines,
Y siempre ruiseñores
En tus florestas.

Tus selvas y tus bosques
Serán verjeles,
Y al disponer en ellos
Tus cacerías
Cuando sigas la huella
De tus lebreles,
Irás pisando flores
Con tus corceles
Al correr tras los ciervos
Y las jaurias.

Para ornar tus palacios
Lujosamente
De mármoles y jaspes
Tengo canteras;
Púrpura y sedería
Vendrán de Oriente,
Y para darte alfombras
La Libia ardiente
Despoblaré de tigres
Y de panteras.

Si ambicionas un reino,
Todos son míos;
Yo correré en tu ayuda
Cuando me llames;
Se humillarán los hombres
Ante tus bríos;
Vencerás en palenques
Y en desafíos,
Y serás bien amado
De cuantas ames.

Podrás decir sin miedo
Que habrás gozado
Cuantas dichas existen
Una por una;
El triunfo á tus caprichos
Irá amarrado.....
¿Aun no te satisfaces?
Ven á mi lado:
Soy la reina del mundo;
¡Soy la Fortuna!

¡Huye de aquí! Mi madre
Me dijo un día
Que no quisiera nunca
Lograr tu palma,
Que por falsa y mudable
Te aborrecía,
Que no eres tú el heraldo
Que al cielo guía,
Y que paz verdadera
No das al alma.



—Conmigo ven entonces,
Ven sin recelo,
Que de darte venturas
Hallaré el modo;
Yo soy el enemigo
Del mal y el duelo:
¡Verás qué hermoso el mundo,
Qué azul el cielo,
Qué dulce la existencia,
Qué alegre todo!

Los goces solamente
Son mi divisa;
Voy vertiendo venturas
A manos llenas;
El huracán más fuerte
Convierto en brisa;
Donde llanto me encuentro
Dejo sonrisa,
Y en dichas á mi paso
Trueco las penas.

Surco el mar de la vida
Tranquilo y grave;
Favorables los vientos

hinchán mi vela,
Y las olas dormidas
Mecen mi nave,
Para la cual es siempre
La brisa suave,
La corriente benigna,
Blanca la estela.

Soy el placer. ¿Me quieres
Por compañero?
—Que te huyera me dijo
Mi madre amada:
Huye de mi camino;
Solo ir prefiero,
Aunque sé que del mundo
Por el sendero
Es dura y fatigosa
Nuestra jornada.



—Solo no, que aquí tienes
Mi compañía.
—¿Quién eres? — Un amigo
De los mejores:
Si te ofreciera triunfos
Te engañaría;
Mas gozaré si gozas
Con tu alegría,
Y lloraré si sufres
Con tus dolores.

Soy un irresistible
Constante anhelo;
Un germen de delicia
Siempre fecundo;
Soy el amor bendito,
Gloria y consuelo,
Rayo de luz divina
Que manda el cielo
Al alma desterrada
Sobre este mundo.

Yo no te ofrezco gloria,
Lauro ni ruido,
Que no somos dichosos
Por los honores;
Para serlo nos basta,
Tenlo entendido,
Lo que le basta al ave:
Tener un nido
Donde ocultar al mundo
Nuestros amores.

Aduladores tienen
Los triunfos vanos;

Amigos la fortuna
Que al necio asombra;
Mas se pierden tan pobres
Bienes humanos,
Y amigos, servidores
Y cortesanos,
Huyen del árbol seco
Que no da sombra.

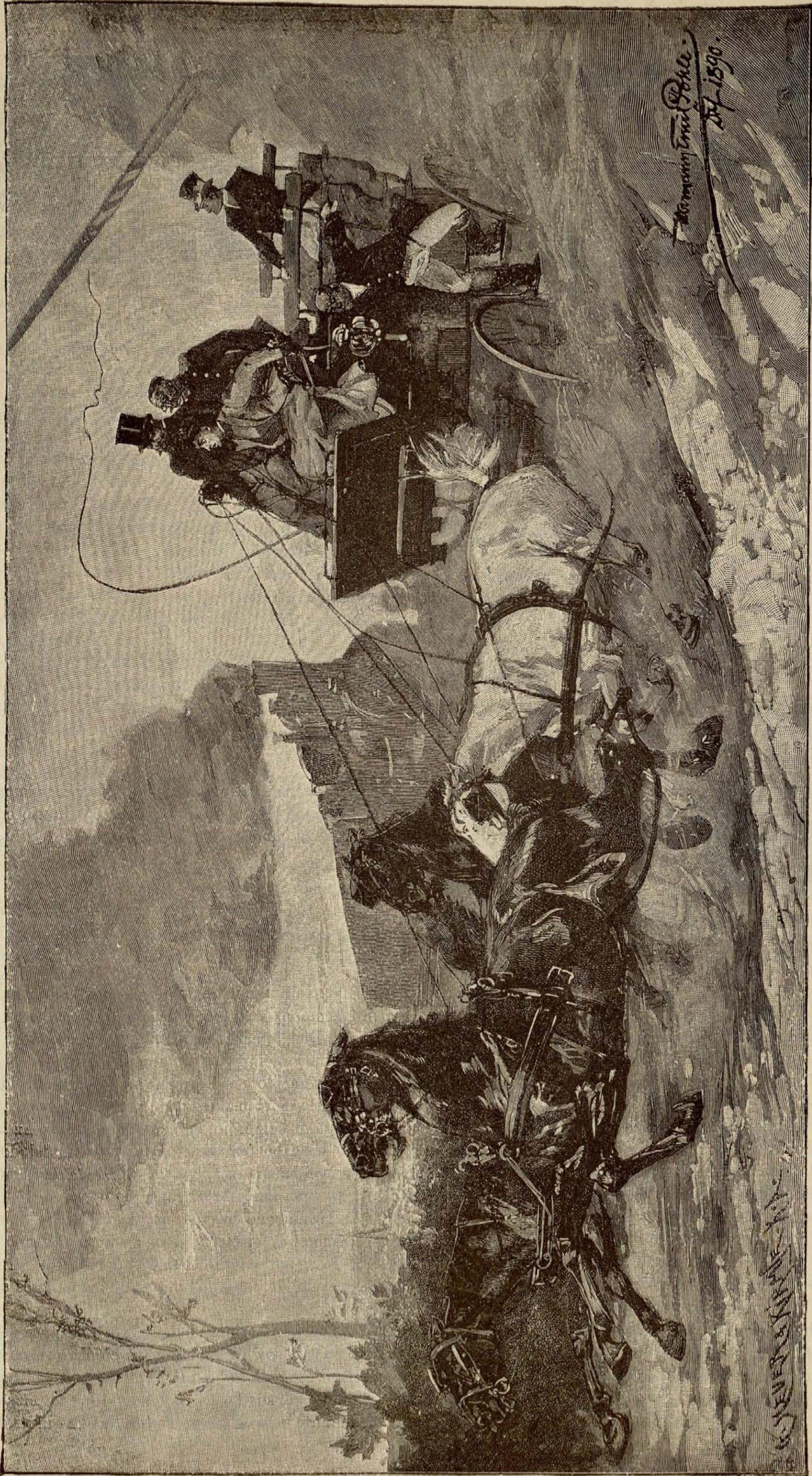
Y en cambio, en la desgracia
Cubro energía;
Los dolores me acercan
Al ser amado,
Y comparto la carga
De su agonía:
Al dichoso lo quiero
Por simpatía;
Al infeliz lo adoro
Por desgraciado.

Agrúpense los buenos
En torno mío,
Que aunque no doy al hombre
Gloriosas palmas,
Hago el dolor humano
Menos sombrío,
Y soy, lo que á las flores
Es el rocío,
Lluvia vivificante
Para las almas.

Soy el germen eterno
De la ventura;
De mí cuanto es creado
Calor recibe;
Por mí cantan las aves
En la espesura,
Fructifican los prados,
El sol fulgura,
La humanidad alienta
Y el mundo vive.

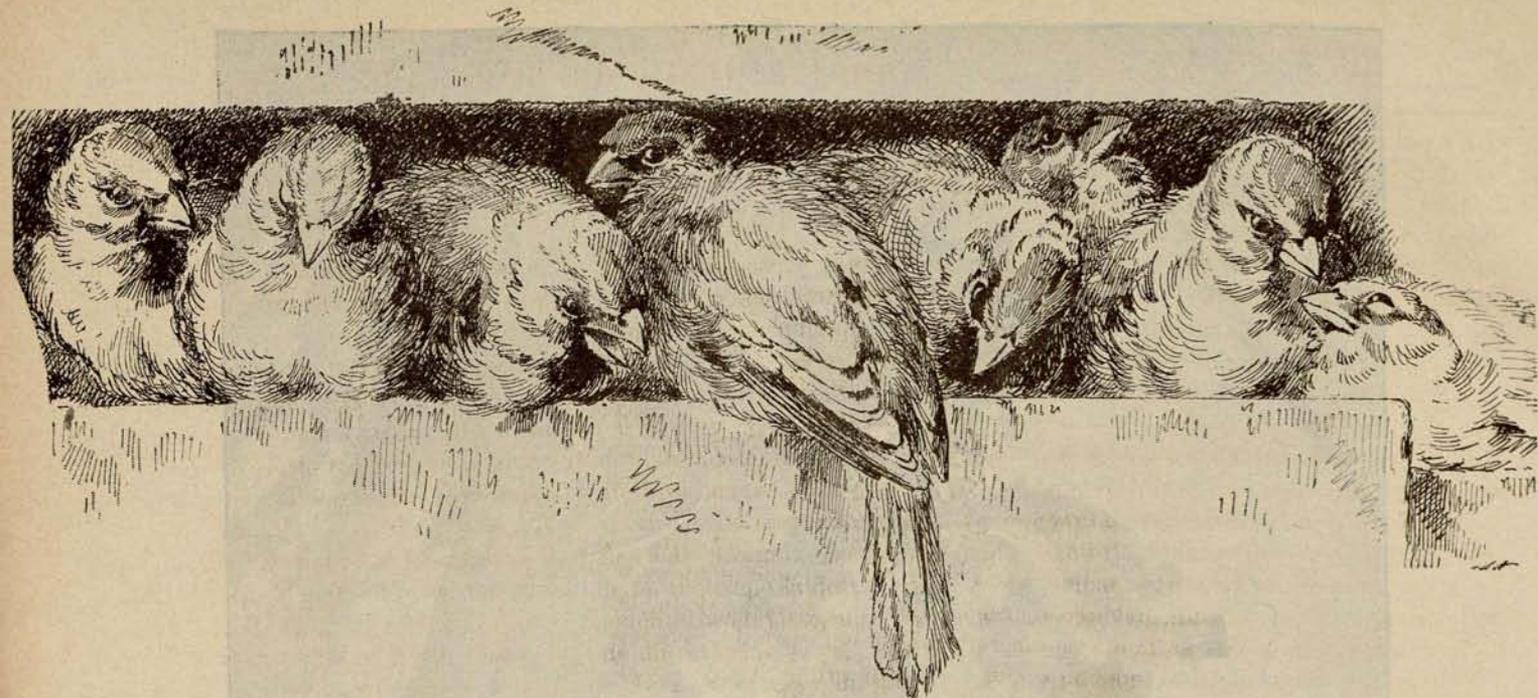
—Amor, amor eterno,
Lumbre sagrada,
Germen, calor y esencia,
Sé tú mi amigo;
De ti me hablaba siempre
Mi madre amada:
Quiero que me acompañes
En mi jornada;
Si es dura..... ¿qué me importa
Si voy contigo?

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



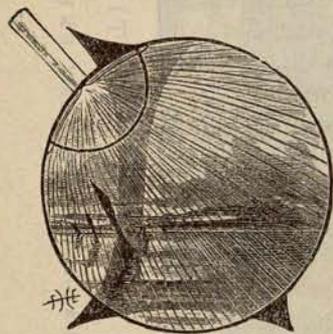
MOMENTO CRÍTICO.

CUADRO DE HERMANN EMIL POHLE.



NOVELESCA

(NARRACIÓN VERÍDICA)



A constante susceptibilidad de impresiones determina casi siempre lo indefinible de un carácter. Puede asegurarse que de él carecen los que, por condición tan poco envidiable, serían grandes artistas del teatro; pues ya dijo Diderot que necesitan éstos no tenerle propio para asimilarse con energía los distintos caracteres que han de representar en la escena.

Muy curioso sería el estudio de la vida privada y de las cualidades personales de los genios de ambos sexos que, interpretando á los grandes poetas, han conmovido al mundo con la expresión de los caracteres y pasiones de la humanidad. Tal vez el juicio de Diderot saldría plenamente justificado en ese estudio, dándonos cuenta de los triunfos y la celebridad de artistas que han pasado á la historia.

¿Quién duda que muchas vidas desgraciadas son obra de esa fuerte susceptibilidad que, cuando no acusa la ausencia del carácter, le desnaturaliza ó le destruye?

¿Cuántos criminales ha juzgado la opinión pública y ha condenado la ley, que acaso no fueron más que unos grandes actores que se representaron á sí mismos las pasiones que de reflejo habían exaltado su fantasía?

¿Cómo no he de estar seguro de que Micaela, la protagonista histórica de estos ligeros apuntes, hubiera sido una actriz consumada si se hubiera dedicado á fabricar su gloria en el teatro, como á labrar en el mundo su propia desventura?

Y ahora, la historia lamentable de *Novelesca*, que ganó el apodo haciendo reír al que se lo puso, y murió con él haciendo llorar á cuantos la rodearon.

I.

Micaela nació de un matrimonio muy bien avenido y ricamente acomodado, que en ella se miraba como en el único espejo que Dios le había dado para ver y definir la ventura de sus santos y siempre vivos amores.

El padre, nacido en España, había permanecido largos años en la Isla de Cuba, dedicado por vocación y con voluntad decidida al comercio, en el que empezó de humilde dependiente y acabó por ser el *principal* acaudalado de una casa con resonancia y sucursales en toda la América del Norte y en gran parte de Europa.

Era D. Homobono lo que significan las dos palabras latinas: un hombre bueno; y hasta pudiera añadirse *un buen hombre*, dadas sus condiciones de apacible en el trato y de sencillo y humilde aun en el colmo de los halagos de la fortuna.

Casóse con una hermosa cubana poco después de realizar por todo lo alto sus haciendas y sus créditos y, meses antes de embarcarse con rumbo á la Península, vió el único fruto de bendición de sus bodas brotar bajo las caricias de aquel sol fecundante y entre los perfumes de una quinta deliciosa,

cuya propiedad conservó como recuerdo sagrado de su más santa alegría.

Llegó Micaela á España entre el pecho maternal en que bebía la vida y los brazos de una mulata casi niña y muy cariñosa que la mecía en sus brazos como en una hamaca colgada de las ramas de un cocotero. Entre éstas asomaba alguna vez, curioso y juguetero, el mono Panchito, que traía de la Isla el *padrazo* de D. Homobono como una futura diversión del cachito de cielo cubano que le embelesaba.

Con casa propia en Madrid y con una deleitosa quinta de recreo en un hermoso valle próximo al más ignorado puerrecillo de mar de Asturias, su tierra nativa, D. Homobono repartía su existencia entregándola ocho meses del año á los goces más sanos de la corte, y cuatro á las inocentes delicias que al alma como al cuerpo ofrece desde la primavera al otoño la tranquila vida del campo.

Urbano ó rústico, el padre de Micaela no podía olvidar sus hábitos de hombre activo, y en Madrid solía planear con éxito sus negocios bursátiles, y en Villa-Ángela (del nombre de su esposa) aplicaba á sus terrenos sus conocimientos de arboricultor y jardinero, siempre pensando en mayores goces para los dos pedazos de su alma. En la vida campesina solía acompañarle también su hermano mayor muy querido, el alegre D. Florencio, padrino de Micaela, chocho con los encantos de su ahijada.

Creció ésta entre las caricias y los mimos de todos, como única delicada planta nueva de un patriarcal paraíso, para la que hay manos cuidadosas que atenúen los rigores del sol, que vigoricen la savia vivificante y que suplan la dulce frescura del rocío.

La misma mulatita se había desarrollado en una especie de esclavitud espontánea de aquella muñeca, que había dado los primeros pasos entre sus rodillas; y hasta Panchito, el mono, algo pesado antes en sus intrusiones imitativas y graciosas en los juegos de la niña, parecía que había estudiado el modo de llegar á tiempo, evitando enojos y esperando las ocasiones oportunas para sus monerías.

Pero ni las malicias del mono, ni la abnegación de la niña, ni la previsión amorosa de los padres y del padrino, habían de ser bastantes después para seguir los vuelos de aquella volubilidad creciente y de aquella fantasía que en su desarrollo había de tener arranques de torbellino.

Se reía á veces como una loquilla cuando Panchito, en un par de saltos, la escamoteaba el aro ó la pelota, y dos minutos después era un mar de lágrimas entre las faldas de su madre, porque se le había metido en la cabeza que habían traído el mono de la Habana sólo para que la hiciese burla á ella.

Tan pronto le daba al mono un golpe, como los bizcochos del chocolate; y apenas veía llorar á la mulata por un arranque brusco de su genialidad, ya la tenían ustedes colgada de su cuello, cubriéndola de besos y de caricias consoladoras.

Su corazón era hermoso y se conmovía ante cualquier impedido ó desgraciado que llegaba á la verja del jardín á sorprenderla en sus juegos. Pero un cuento contado por la madre ó por el padrino antes de la hora del sueño, la hería de tal modo, que á la mañana siguiente en cada pobre se figuraba ver el diablo ó el fantasma del cuento.

II.

Así llegó el momento de dar impulso á la educación de Micaela, con todos los esplendores y refinamientos deseados por el ciego amor de sus padres.

Las labores más delicadas del sexo, idiomas, la música, la pintura, algo de equitación como ejercicio gimnástico para el completo desarrollo de aquel cuerpecito esbelto y elegante; y en todo y para todo, profesoras ó profesores especiales que procuraban corresponder á la generosidad con que D. Homobono los pagaba.

¿A qué tenía más marcada afición Micaela? Disposición y facilidad no le faltaban para todo ello; pero sus aficiones, como su carácter, no se definían nunca. Era cuestión de momento. El próximo santo de la mamá ó de una amiga la metía con tal empeño y encarnizado capricho en un bordado, que el piano enmudecía, los colores se secaban, el francés se quedaba sin traducción, y la yegua favorita, sobrada é impaciente, sin el ligero peso de aquel cuerpecito y sin la presión de aquella mano nerviosa que la excitaba á los cambios de aire en la pista ó en los paseos.

Impresiones de distinta índole y de bien contrarios efectos la llevaban dentro de una misma semana á despreciar á Tálberg por la copia de una cabeza desdibujada, ó á abandonar pincel ó lápiz por la traducción exacta de un mal capítulo romántico de novela francesa.

Dentro de un mismo ejercicio, ya dejaba el modelo del profesor para hacer una caricatura del mono, ó tiraba en el músico á Beethoven para arrancar al teclado alguna cancioncita ó *couplet* de zarzuela á la moda en los teatros.

Traducía y hablaba algo el francés; interpretaba á los maestros en el piano; estudiaba alguna cabeza de Rafael en el Museo, ó copiaba del natural fértil y hermoso de Villa-Ángela. Pero como todo lo tomaba con igual calor, ó lo dejaba con el mismo despego, según la influencia de la impresión del minuto, en nada llegaba al *desideratum* del profesor, y el todo producía las risotadas alegres de don Florencio, su padrino, á quien caían muy en gracia las veladas de Micaela.

Sonaba ésta con Madrid cuando estaba en el campo, y suspiraba desde la corte por que llegasen las horas primaverales de Villa-Ángela, donde su padrino era su inseparable compañero.

El pobre D. Homobono se desvivía por tenerla contenta, aunque el consejo más severo de D.^a Ángela tendía á desviarle de algunas condescendencias peligrosas en la edad crítica á que su hija había llegado.

Con la adicta doncella mulata; con el consecuente cómico Panchito; con el coche y los caballos para los paseos largos de la sedentaria señora cubana, se trasladaba también á la preciosa finca, á orillas del Cantábrico, la airosa yegua, de la que bien podía asegurarse que había recibido más halagos que castigos de su joven y encantadora dueña.

A los diez y siete años parecía ésta, no una criolla, sino una virgencita del Norte, rubia y de grandes ojos azules, de esas que pintan en sus baladas y leyendas los grandes poetas de Alemania.

¡Y qué hermosa y qué gentil, á caballo, vestida de ama-

zona, con un sombrerito de paja hecho á su capricho para sus excursiones en el campo, y que en sus arrebatos hípicas concluía por colgarle sobre la espalda, dejando juguete de la brisa marina ó del aire de la montaña aquella dorada cabellera que, á los reflejos del sol, semejaba un nimbo de luz!

Por lo regular, en sus paseos á caballo era su padrino su caballero; pero caballero en un humilde y viejo jamelgón nacido en el valle astúr, condenado á hierba perpetua, seca ó verde, y poco envidioso de los grandes aires y de los vivos vuelos de la yegua que veraneaba en Villa-Ángela.

Preparóse cierta tarde una larga expedición, concertada en tre D. Florencio y Micaela, que solía llevar en uno de los bolsillos de la amazona algún tomito de amena lectura para los descansos, y que en aquella ocasión llevaba además el ánimo bien dispuesto para jugarle al padrino las vueltas y una mala pasada.

Y ocurrió todo casi como lo había fraguado la *loca de la casa* de la criollita. Y digo *casi*, porque ella no podía prever algunos accidentes, hijos de inesperadas impresiones.

Apenas perdieron de vista las altas chimeneas del precioso hotel de Villa-Ángela, metidas las cabalgaduras en un camino vecinal con ramales hacia distintos caseríos, salió la yegua al trote á la voz de Micaela, y cuando ésta se enteró de que apenas podía seguirla D. Florencio en su rocinante, se dió á correr al galope á campo-traviesa.

Oyendo, muerta de risa, los gritos del padrino, faldeó en vertiginoso escape una ancha colina, y ya muy lejos del

escudero atribulado, se encontró frente á una estrecha playa, vecina de un verde prado, en el que se dejó caer con gentileza, dando á la yegua descanso y libertad para refrescar la boca de los rigores del freno y aun de los ardores de la cebada.

Colgóse sobre el brazo izquierdo el extremo de la falda de la amazona, después de sacar su librito, y metro á metro fué á ganar á saltos una roca eminente que dominaba una gran extensión del bravo Cantábrico.

Los alegres relinchos de la suelta y ya refrigerada yegua pusieron al fin sobre las huellas de la fugitiva al alarmado don Florencio, que, al torpe trotar del anciano y achacoso peneco, llegó al fresco pradillo, donde confiadamente dejó á su montura como en su elemento propio, viendo en seguida en la húmeda arena de la playa estampado el diminuto pie de su endiablada sobrina.

Siguió la huella hasta tropezar con la roca, subió pesada y trabajosamente la peligrosa escalera que las olas habían fabricado, y ya cuando el sol era un globo de fuego que parecía hundirse en las aguas, sorprendió á Micaela sentada sobre un banco de salitroso musgo, con los cabellos sueltos al aire fresco y húmedo de la tarde, y con la cabeza tristemente caída sobre el



RETRATO DE M.ª B. D'A.,

POR RIXENS.—(Salón de Paris de 1891.)

librito abierto, que no era otro que *Enoch Arden*, precioso y sentido poema de Tennyson.

Cuando D. Florencio, feliz con el hallazgo de aquella *perdida*, se disponía á una broma de las suyas, se halló con los ojos de Micaela arrasados de lágrimas.

—¡Pobre *Enoch*!—parecía decir al padrino, como si éste hubiese asistido á la lectura y olvidada entonces de su cala-



UN AGUINALDO ORIGINAL.
CUADRO DE REICHERT.

verada ecuestre, del abandono de la yegua y de la trastadita que le había jugado al buen señor que la contemplaba sorprendido.

De vuelta ya de noche á Villa-Ángela, y al paso del viejo matalón y de la gallarda yegua, unidos entonces como dos camaradas que acaban de comer en el mismo plato, oíanse las carcajadas del bonachón de D. Florencio, que repetía con frecuencia á Micaela: «¡Pero qué *novelesca* nos ha salido este diablejo de ahijada!»

Y *Novelesca* se quedó ya siempre para el tío, en honor de aquellas lágrimas de aquella tarde de eterna memoria.

III.

Y llegó por fin la crisis peligrosa de la existencia de la joven cubana.

La sorprendió el amor con la impresión de sencillas y plácidas confidencias de su mejor amiga, ya prometida esposa, y era la manera más segura y favorable de sorprenderla. Cuando la brisa esparce dulcemente el pólen de las flores, siempre es en el momento más seguro de la fecundación.

¡Ayl pero ¡qué difícil es la fecundación del amor en un alma tan movable!

El amor interesado del hombre que había sorprendido en un baile de sociedad á Micaela no era del agrado de D. Homobono, porque no lo era de D.^a Ángela, y casi, casi tampoco lo era del que llamaba *Novelesca* á su ahijada.

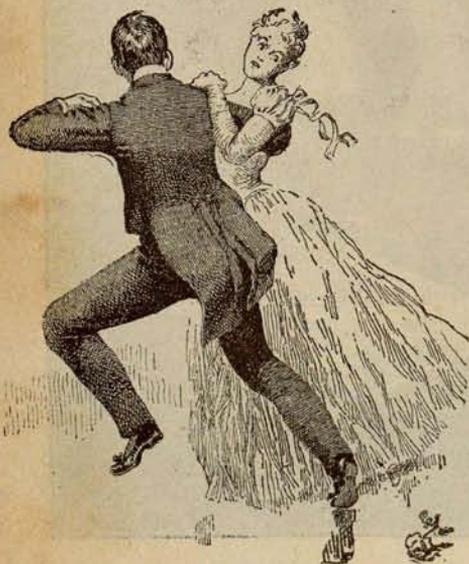
Y era D. Florencio el único que conocía y trataba algo á la excelente familia del galán, cuya fama de perdido y disipador llegó con rapidez eléctrica á los oídos de D.^a Ángela cuando se notó, ya algo tarde, en la sociedad que frecuentaba, la predilección marcada y aparentemente *seria* del elegante *chico* de los de Casa-Morta.

Conocidas eran las aventuras rufianescas de aquel Tenorio de frac y corbata blanca, trasnochador achulado en colmados á la moda, bajo la influencia de eso que alguien llamaría *flamenguismo* ilustrado, de tan funesto desarrollo en la juventud que aun se dice metafóricamente *la crema*.

Ello es que el *chico* había ganado terreno en la fantasía de Micaela aun antes de que algún piadoso dijese que el de Casa-Morta empezaba á *sentar la cabeza*; y por una de

esas sorpresas tan fáciles en la sociedad y más en un carácter asequible como el de D. Florencio, éste fué el que cierta noche le presentó en la reunión de confianza de su buen hermano.

Cartas que van y vienen por mediación de la doncellita mulata; frases más estudiadas que sentidas en las vueltas arrebatadoras de un vals; caracoleos del jinete junto al Ángel Caído



del clásico paseo; y á todo esto el pobre D. Homobono sin atreverse á combatir de frente aquel fuego fatuo con apariencias de incendio que parecía abrasar el corazón de *Novelesca*.

Todo ese trabajo, tan difícil tratándose de una niña que en un cuerpecito débil encerraba un alma de rápidos y peligrosos movimientos, quedó á cargo de la severa aunque amorosa madre.

Sin la viva repugnancia que inspiraban aquellas relaciones á D.^a Ángela, ésta, conociendo á su hija, hubiera dejado al tiempo la destrucción de una llamarada que un accidente imprevisto, una viva impresión nueva podía apagar de un soplo.

Y este accidente inesperado, esta viva impresión nueva se produjo precisamente en la lucha, cuando menos podía esperarlo una madre casi vencida, y en una noche en que se habían ya despedido todos los contertulios, incluso el galán, y aun ausente D. Homobono en una velada de la Unión Mercantil, círculo de que era socio importantísimo.

El accidente terrible en aquella feliz familia fué provocado por una monería de Panchito, que parecía en aquellos instantes el alma de una conspiración fraguada contra Micaela.

Cuando ésta procuraba en vano ocultar á la vista de su enojada madre un retrato que acababa de recibir del de Casa-Morta, entró el mono dando saltos, sorprendió la acción de su amita, y con la agilidad y destreza de su raza le birló la satinada tarjeta. Encaramóse en seguida en lo alto de un precioso espejo, y después de dar vueltas entre gestos burlones á la efigie del amor de Micaela, en un segundo la hizo picadillo con sus agudos dientes.

La acción del mono fué tan rápida, que Micaela, á la vista de su madre, no tuvo fuerza para reprimir un movimiento de ira acompañado de lágrimas, de esas de niño voluntarioso á quien se le arranca un juguete.

—¿Lo ves? ¡hasta el mono!—exclamó en tono de reconvencción y de lástima la madre.

Aquella exclamación fué una chispa eléctrica que excitó todas las fibras de demonio que podían caber en la enferma naturaleza moral de aquel ángel desdichado que, ciego de coraje, fué á coger un precioso jarrón de la China que halló á mano.

La madre se horrorizó ante el aspecto de rebelión del ángel; el mono contemplaba inmóvil aquella escena muda, y el jarrón fué por encima de D.^a Ángela á hacerse mil pedazos con el cristal del espejo, á dos dedos de Panchito, que á saltos desapareció súbitamente.

Quedaron frente á frente la hija y la madre, conteniendo ésta á duras penas el primer impulso que sintió al ver su autoridad herida, iniciándose en aquélla una reacción profunda y dolorosa que no podía traducirse en palabras.

D.^a Ángela cayó desplomada en una butaca sin pronunciar una frase, y á los dos segundos caía á sus pies demandando perdón la pobre Micaela hecha un-mar de lágrimas y deshaciéndose en caricias para la madre.

Ni una palabra. El perdón brotó con los besos compasivos, y poco después D.^a Ángela sirvió de doncella solícita á su hija acongojada, que murmuró con ella con piedad infantil la oración que pide el sueño del justo. El sueño fué agitado y febril; pero la impresión tremenda de aquella noche había herido de muerte el amoroso capricho de *Novelesca*.



Almanaque de *La Ilustración Española*.

Chromotypographie & Imprimerie Bousod, Valadon & Cie.

« TALLER DE MEISSONIER »

POR G. BRETEGNIER.

IV.

Se preparaba una sorpresa de efecto menos ruidoso, pero quizás más dolorosa, con la crisis que se había iniciado entre lágrimas. La mulata pudo darse cuenta de algo nuevo que pasaba á la niña cuando, á la mañana siguiente, vió hecha pedazos la última misiva de que la hacía portadora el consabido galán.

Micaela había despertado con una idea que nunca se le había ocurrido. Visitar con frecuencia á una prima carnal de su padre, Superiora en un Convento de Adoratrices de Jesús, cuyas advertencias saludables recordaba.

La madre, feliz como D. Homobono con el nuevo aspecto que ofrecían las preocupaciones de Micaela, tampoco temía nada del santo propósito con que había despertado, algo quebrantada la salud con las violentas emociones sufridas.

Micaela pasó largas horas con su tía; oyó los cánticos sagrados á novicias y profesas; se saturó de las graves notas del órgano y del penetrante perfume del incienso, y de la augusta soledad de la celda y del claustro llevó á su mundo el germen de la viva aspiración al amor místico.

Ya no se la volvió á ver al piano, ni con los pinceles y colores, ni con los libros profanos de su antigua devoción, ni acudir con sus mejores amigas á las alegres fiestas. Ella fué la que despidió duramente al gallardo y atrevido Casa-Morta; la que extremó después las caricias al mono que había provocado *aquel* conflicto.

Sus visitas al convento llegaron á hacerse diarias y, con beatitud que parecía nacer de una legítima vocación, declaró á su tía un propósito que la Superiora de las Adoratrices combatió la primera pensando en los padres, á los que comunicó lo que ocurría.

Dofía Ángela y D. Homobono tomaron primero á broma la insistencia de su hija, y concluyeron por acudir á la mediación dulce del padrino para evitarse una gran tristeza.

—¿Qué es eso, *Novelesca* del diablo?—la decía entre risotadas D. Florencio.—¿Qué impresiones de libro, que Dios confunda, te inspiran el afán de abandonarnos á todos?

—Nada he leído—contestaba sonriendo Micaela.—Ahora no podéis poner tachas á mi novio. Un año de sagradas relaciones para merecerle, y después mis bodas con el hijo de María.

—¡Bah! bah! ¡bah!—concluía siempre el campechano parino en medio de la risa con que quería disimular el miedo que le inspiraba la fantasía de su *Novelesca*.

Y no hubo remedio. Tuvieron todos que confiar al fin en el persuasivo interés de la prima Superiora para que, en doce meses, desistiese del propósito la chiquilla. Pero un año de noviciado era poca cosa allí donde nada debía conspirar contra la idea embellecida en sueños y donde todo podía ayudar á robustecerla.

Hasta á la prima de D. Homobono engañó la aparente vocación.

La casualidad, que podría llevar al claustro fuerza diabólica que derribase el ídolo divino, como el mono había derribado el idolillo humano, llegó tarde, demasiado tarde.

Y se cumplió el año; y Micaela, hasta contra el voto de los médicos, quiso pronunciar los suyos ante el ara, con-

vencida de que en ellos estaba la salud de la materia como la salud del espíritu.

Fiesta solemne; campanas á vuelo; órgano *expresivo*; candidas vestiduras; voces angélicas; sagrados perfumes; lágrimas de dolor de unos padres que se despiden; llanto indefinible de una virgen que no sabe lo que ama, y una puerta que se cierra á la luz del mundo, y un claustro sombrío que se abre á una vocación imaginaria. Y después....

Después surgió en el claustro la diabólica fuerza destructora del ídolo, en forma de íntima confianza de la amistad desbordada entre reclusas.

Sor Octavia, que ya había simpatizado con la novicia, llegó, á los pocos meses de la solemne profesión, á cobrar verdadero afecto á Sor Micaela, con quien hablaba de sus dolorosos recuerdos, por si algo los consolaba la alegría inocente y expresiva de *Novelesca*.

En aquellos recuerdos lo dominaba todo el amor; un grande y verdadero amor humano que, aun entre memorias tristes, turbaba todavía la paz religiosa de la conciencia de una mujer envejecida en la juventud.

La historia de Octavia era la de tantas otras que, al fin de la vía dolorosa de una pasión, van á refugiarse en Cristo. Engañadas por el amante ó contrariadas duramente por la familia, hay muchas mujeres que llegan á casarse en el mundo con un hombre tal vez aborrecido; más aún que sin fe, con ensañamiento, con el perjurio consciente en el corazón y en los labios. Octavia se había refugiado en Jesús buscando sinceramente olvido y consuelo; y ni olvidaba ni se consolaba, ni podía perdonarse su infidelidad al divino Esposo.

Y al Esposo divino no pueden engañarle, no, esas vírgenes arrojadas por el mundo al pie del altar. Sus hermosos ojos se clavan en el Crucificado como en éxtasis místico; pero, detrás de los ojos, ve Jesús los corazones vueltos al mundo.

Y en volver al mundo se deleitaba Sor Octavia en sus confianzas con Sor Micaela. A solas en la huertecita del convento, en las horas de la siesta; en las primeras de la noche, cuando los rayos de la luna nueva apenas podían llegar con sus besos á la naciente flor del tilo, el corazón de *Novelesca* sentía extrañas emociones al oír aquella media voz temblorosa, pero penetrante, que la hablaba de tantas cosas por ella ignoradas.

El amor humano, de eternas raíces en Octavia, se le aparecía á Micaela personificado y bello, entre árboles y flores de la huerta, hablando al alma y despertando los sentidos de la que nunca había amado. Ni un instante recordó las vulgaridades de seductor del elegante Casa-Morta. Pero llegó el momento fatal en que Micaela, no pudiendo amar á un amante, amó al amor con todas las ansias del que desea más de lo que presente.

V.

Los vasos delicados se quebrantan hasta con el peso de las flores. Y aquellas flores que perfumaban y envenenaban á la vez la vida solitaria de la pobre Micaela, eran verdaderas flores *del mal*, porque excitaban en todo su ser un anhelo *ya* irrealizable. Ella misma había enjaulado á ese pá-

jaro de atrevidas alas que se llama el deseo. Y en la estrecha celda, entre el oratorio que presidía la cruz y el humilde lecho de la virgen, el pájaro pugnaba en vano por quebrantar los hierros de su cárcel, y la desesperación más honda postraba al fin la materia y el espíritu de la desdichada *Novelesca*.

Su anciana tía y respetable Superiora notaba el rápido decaimiento de aquella delicada naturaleza. Pero ¿qué entendía ella de achaques de aquella indole? La inapetencia, el insomnio, la palidez mortal, la honda tristeza, ¿cómo habían de tener en aquella inocente origen más profundo que el de alguna de esas dolencias que, con nombres tan nuevos como raros, registra hoy la clínica médica y á veces la clínica literaria de algunos desenfadados naturalistas?

Ello es que el caso acabó por ponerse muy serio y que el docto facultativo de la santa casa se lo dijo así á los padres de Micaela en una de sus muy frecuentes visitas á la religiosa.

Doña Ángela y D. Homobono, en conflicto tan extremado, hubieran acudido por telégrafo al Sumo Pontífice, para que el claustro, á pesar de los votos, cediese la virgen al hogar paterno, tan sagrado como aquél, sobre todo en los grandes infortunios.

Bastaron los certificados de los médicos, con la influencia interpuesta por la familia, para que el Arzobispo decretase cesión tan deseada y tan justa. Y Micaela se despidió con besos de su augusta tía y con besos y lágrimas de aquella Sor Octavia que la había hecho partícipe inocente de sus desdichas al resplandor de la luna y entre flores y árboles bendecidos.

Más triste que la salida fué la vuelta de Micaela á aquel gabinete elegante del hotel donde vió correr su infancia y donde después, ya joven, jugó á los amores, por imitación, como juegan los niños á las cosas más serias de la vida.

La exclausturada entró en su antigua alcoba y se dejó acostar en su lecho, mirándolo todo con ojos espantados,

recibiendo besos con la pasividad de una niña enferma, consumida por la fiebre.

La mulata se acercaba á ella con el cariño de siempre, pero también con cierto religioso respeto. Panchito la miraba con fijeza, agazapado detrás de una columna, y tan inmóvil, que el mono parecía disecado y de adorno allí como recuerdo de mejores días.

Veinticinco pasaron, y muy tristes en sus largas horas, sin que de los labios de los doctores saliese franca y abierta una sola frase de esperanza para los atribulados padres.

El pobre D. Florencio, disipada ya aquella sonrisa de bonachón que le distinguía, era el que tenía valor para asistir á las repetidas consultas que se celebraban.

Sólo oía palabras que con frecuencia acababan en *ismo*, en *asis* ó en *osis*, mezcladas con algún esdrújulo enrevesado, todo ello con referencia á la vil materia que se deshacía ó se evaporaba.

Y el tembloroso padrino estuvo cien veces á punto de decirles:

—Pero miren ustedes, señores sabios, que mi ahijada es muy *novelesca*, muy *impresionable*, muy.....

—Si, la *neurosis*—le hubiera replicado alguno.

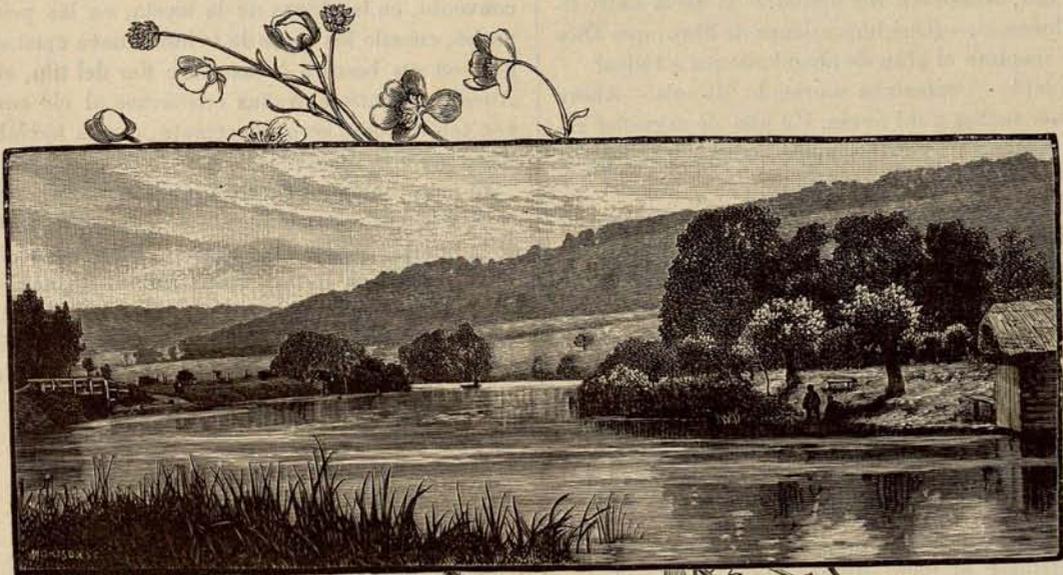
Y por fin llegó la catástrofe, tras el desahucio fulminado en la despedida del médico de cabecera y después de algunas palabras que, como Dios le dió á entender, se encargó de decir D. Florencio á sus hermanos, sacándolos de la alcoba como dos máquinas deshechas á martillazos en una fragua.

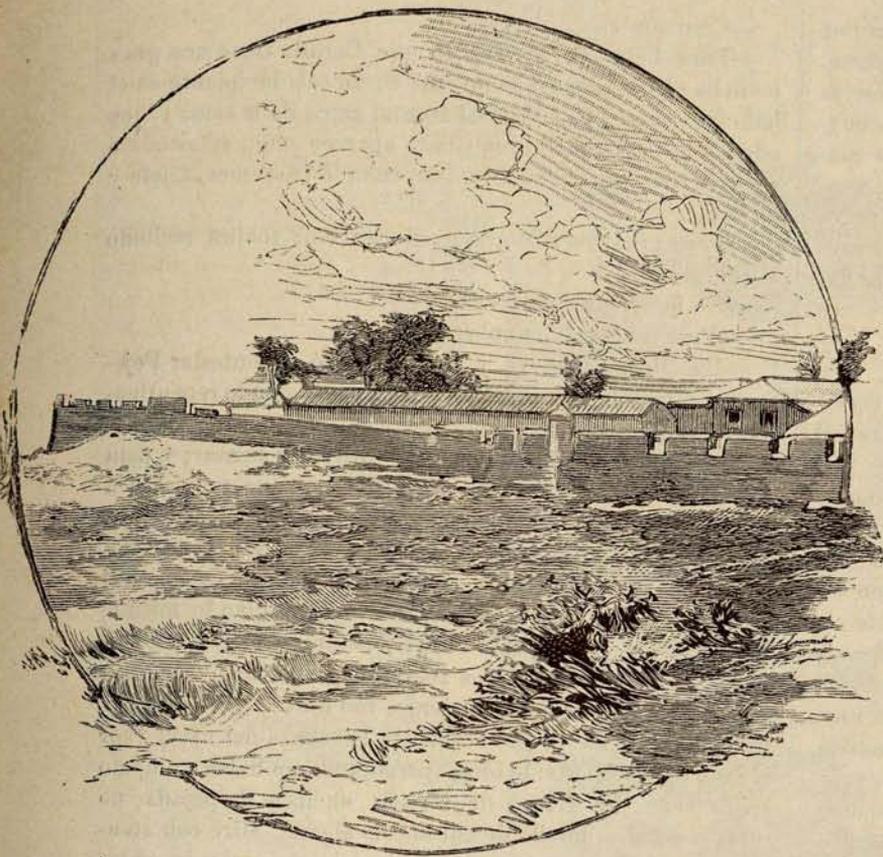
Los desdichados padres no se daban cuenta de que ya habían recogido en un beso el último suspiro de la hija, cuando el padrino, con la voz enronquecida y paseando como una sombra, repetía estas solas palabras:

«¡Pobre *Novelesca!*»

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid, 30 de Junio de 1891.





EL CASO

DE

PEJENAUTE

MEDICINA NATURAL

I.

Vivíamos en Medina del Campo, en la más tranquila y honrada amistad, tres familias: la del médico retirado de Ultramar, Pejenaute, compuesta exclusivamente de él y de su bella mitad, la simpática Rosita, cubana hija de Bayamo; la del fiscal del partido el joven antequerano Cazalla, su mujer y dos niñas; y la mía, que componemos, gracias á Dios, mi antiquísima Rita, florida moza que fué, allá en los tiempos del cura Merino, nuestros nueve hijos y un servidor de ustedes, médico suelto, no sujeto á la villa por compromisos titulares, sino ligado á ella y á su comarca por cuarenta y cinco años de buenos servicios, más ó menos bien retribuidos y aprovechados.

Seis hacía que Pejenaute volviera de Cuba, recién unido canónicamente á aquella encantadora muchacha, que podía ser su nieta, y además de la cual, trajo bien repleto de pelucas el bolsillo. Era él medinense: allí había pasado los primeros años de su juventud, estudiando humanidades con los padres dominicos; gimnasia en sus frecuentes ascensiones al alto torreón de La Mota, y picardías en las callejas y callejuelas de la histórica y comercial metrópoli de los antiguos tiempos. Largo y caviloso en sus propósitos y corto de palabras, como buen castellano viejo, vivió siempre en guardia y prevenido contra las pompas y vanidades del mundo, y contra los otros enemigos del alma; y á su pueblo se retiró para no ejercer su profesión, «cansado como estaba de enviar pícaros al otro barrio», dedicándose tan sólo á cuidar de su Rosa, á recibir sus cuidados y á cultivar un huerto lleno de esperanzas é ilusiones, y sin pizca de agua,

que abrió y plantó en el solar de un convento, contiguo á su confortable vivienda.

Médicos y viejos él y yo, diversos en el genio, pero idénticos en la tolerancia, nos habíamos entendido perfectamente desde que se estableció en Medina, y así discutíamos de todo lo discutible al pasear por las tardes por la vía férrea de Zamora y de Salamanca, por la carretera de Olmedo ó por la Estación, en compañía de nuestras respectivas partes contrarias ó costillas, como al hacer á menudo los honores en la mesa á algún suavísimo tostón, rociándolo con blanco de Rueda ó de La Seca, que son los manantiales más salutariferos, afamados y concurridos de aquella tierra.

Vino á Medina el fiscal Cazalla dos años después que Pejenaute, y como alquiló para vivir una casa de mi propiedad, fué nuestro amigo desde su llegada. Era aquel representante de la justicia un andaluz típico, alegre, elocuente, guapo, delicado en sus maneras, bien puesto en el atavío de su persona, y además muy hombre de ley y de conciencia en su profesión. Pasábamos Pejenaute y yo deliciosos ratos oyendo los sucedidos, mentiras inocentes y chascarrillos del fiscal; y éste y yo escuchábamos embelesados también al americano cuando nos relataba con gran prosopopeya y gráficos gestos sus aventuras del otro mundo. Nos cuidábamos poco de las hablillas, chismes y política ramplona del pueblo, que en Medina reinaban y tendían á enredarlo y envenenarlo todo, cuya plaga es azote endémico de las villas grandes y de las ciudades pequeñas; y procurábamos remediar con el atractivo de la franca amistad de nuestras casas el espantoso y aniquilador aburrimiento que se siente en estos pacíficos y olvidados lugares, en los que ni por un solo momento reina la paz y donde ni el más levísimo rencor se olvida nunca.

¡Oh hermosos y largos y plácidos paseos del anochecer por la vía de Zamora! ¡Cómo olvidarlos!..... Los tres hombres, discutiendo y fumando, quedábamos muy atrás; y nuestras tres mujeres, paso á paso, contando las hazañas de los buenos hijos y de las malas criadas, las excelencias de sus matrimonios y hogares, y las miserias de los del prójimo, avanzaban cara al sol, que se hundía en los lejanos horizontes, y cuyos suaves resplandores, haciendo destacar sobre el azul hermoso del espacio las siluetas oscuras de las tres damas, daba así como mayor tamaño y realce á sus personas y más vivo relieve á sus actitudes y movimientos.

Destacábase en medio la figura de mi Rita, ancha, bien trazada en sus curvas, redondos brazos y cubierto cervigullo, y peinada al estilo de Isabel II en las pesetas del año 54. A un lado iba Irene, la esposa de Cazalla, una espiritual hija de Huelva, hermosa, alta, extremadamente delgada, y tan fina y suelta en su persona y en su andar como en su vivo ingenio y en su melosa palabra; al otro veíase á Rosa de Pejenaute, pequeñita, exhuberante en sus hombros, cintura y caderas; movable é inquieta, riendo sin cesar y hablando sin cesar; en movimiento continuo el abanico y elegante y vaporosa con su coquetón traje claro de descotado cuello y corta manga, que dejaban vislumbrar unos encantadores prolegómenos, positivamente revolucionarios.

Al apagarse los últimos resplandores del crepúsculo y venir la majestuosa noche serena en aquellos inmensos horizontes castellanos, volvíamos maridos y mujeres hacia Medina con el mismo paso y compás, viendo á lo lejos las luces de la Estación múltiples y refulgentes, y las de las viviendas del pueblo mustias y escasas, y disfrutando á la vez del singular concierto que formaban los silbidos de las locomotoras, el campaneó de las torres de las parroquias y conventos y el canto de las ranas, que pueblan los charcos inmediatos á la vía.

Ibanse nuestras costillas á sus respectivos hogares, y generalmente quedábamos los hombres paseando todavía un rato «á la fresca» en aquella gran plaza de San Antolín, donde formó Napoleón cuarenta mil hombres, y donde aun existen los pilares de las primeras bancarrotas del mundo comercial. Una noche, de vuelta del paseo, Cazalla se fué á trabajar á su despacho, y Pejenaute y yo solos emprendimos en la plaza nuestro acostumbrado va y ven. En más de un cuarto de hora ni él me habló ni yo tampoco; paseamos y fumamos como dos ogros, y al fin, no pudiendo contener mi extrañeza, le dije:

—¿Qué te ocurre, oh Pejenaute, que estás tan callado?

Al oír la pregunta, mi amigo se detuvo, y dándome una palmada en el hombro, contestó:

—¿Has observado bien esta tarde al fiscal Cazalla?

—Ni bien, ni mal—añadí;—¿pues qué le ocurre?

—No quisiera equivocarme, pero he notado que tiene una señal muy rara en la cabeza.

—¿Señal física ó metafísica? ¿En la cabeza ó en el espíritu?

—En ambas partes.

—No te comprendo.

—Pues escucha: ¿te acuerdas que al sentarnos más allá del convento de las Claras, instintivamente y por costumbre nos hemos descubierto los tres, mientras echábamos un cigarro?

—Creo que sí.

—Pues bien; yo he notado que Cazalla tiene una gran mancha sonrosada, así como una equimosis incipiente en el lado izquierdo y superior del frontal cerca de la sien; y que además todo el cabello inmediato aparece como aplastado ó cortado irregularmente. Mañana, cuando paseemos, fijate y lo verás.

—Pero ¿qué crees tú que puede ser eso? ¿habrá recibido algún golpe?

—No lo sé: observa y calla.

—¡Pero hombre!.... explicame....

—He dicho: observa y calla—volvió á contestar Pejenaute, dándome un apretón de manos y tomando repentinamente el camino de su casa.

Me quedé solo y perplejo sin saber qué pensar; y para salir de dudas, esperé al día siguiente, en que volvimos á pasear, como siempre, con nuestras mujeres. Después de una caminata de media hora, lejos de ellas, nos sentamos en un ribazo. Yo me descubrí, me enjugué el sudor y encendí un cigarro. Cazalla, que estaba frente á mí, hizo lo mismo. Pejenaute, sentado junto á éste, cambió el papel á su cigarro, lo arregló, sacó los fósforos, y mientras ejecutaba sosegadamente estas operaciones, me miró y guiñó un ojo, haciéndome seña de que observara la cabeza del fiscal, por el lado izquierdo. Así lo hice, aparentando no haberme fijado en la seña. La frente de Cazalla, ancha y despejada, no ofrecía señal ni huella de equimosis alguna. Miré con atención y cuidado hacia sus sienes derecha é izquierda, entre su fino y bien peinado cabello rubio, y nada vi, absolutamente nada. Pejenaute seguía con curiosidad mi exploración, y de cuando en cuando volvía á guiñarme el ojo, como diciendo:

—¿Lo ves? ¿lo ves?

Lo único que yo veía era que Pejenaute se bromeaba conmigo. Aquella tarde no se separó el fiscal de nosotros, y ya muy entrada la noche, cuando yo estaba después en mi despacho leyendo el correo, entró á verme Pejenaute muy risueño y alborozado.

—¿Te has convencido?—exclamó.

—¿De qué?

—De que Cazalla tiene una gran lesión en la cabeza.

—¡Basta de broma, compañero!—contesté.—¿Qué te has propuesto desde ayer con semejante afirmación?

—¡Cómo que broma! ¿No has reparado esta tarde en la lesión del fiscal?

—Le he observado bien, y el fiscal no tiene nada.

—¿Nada?

—Nada.

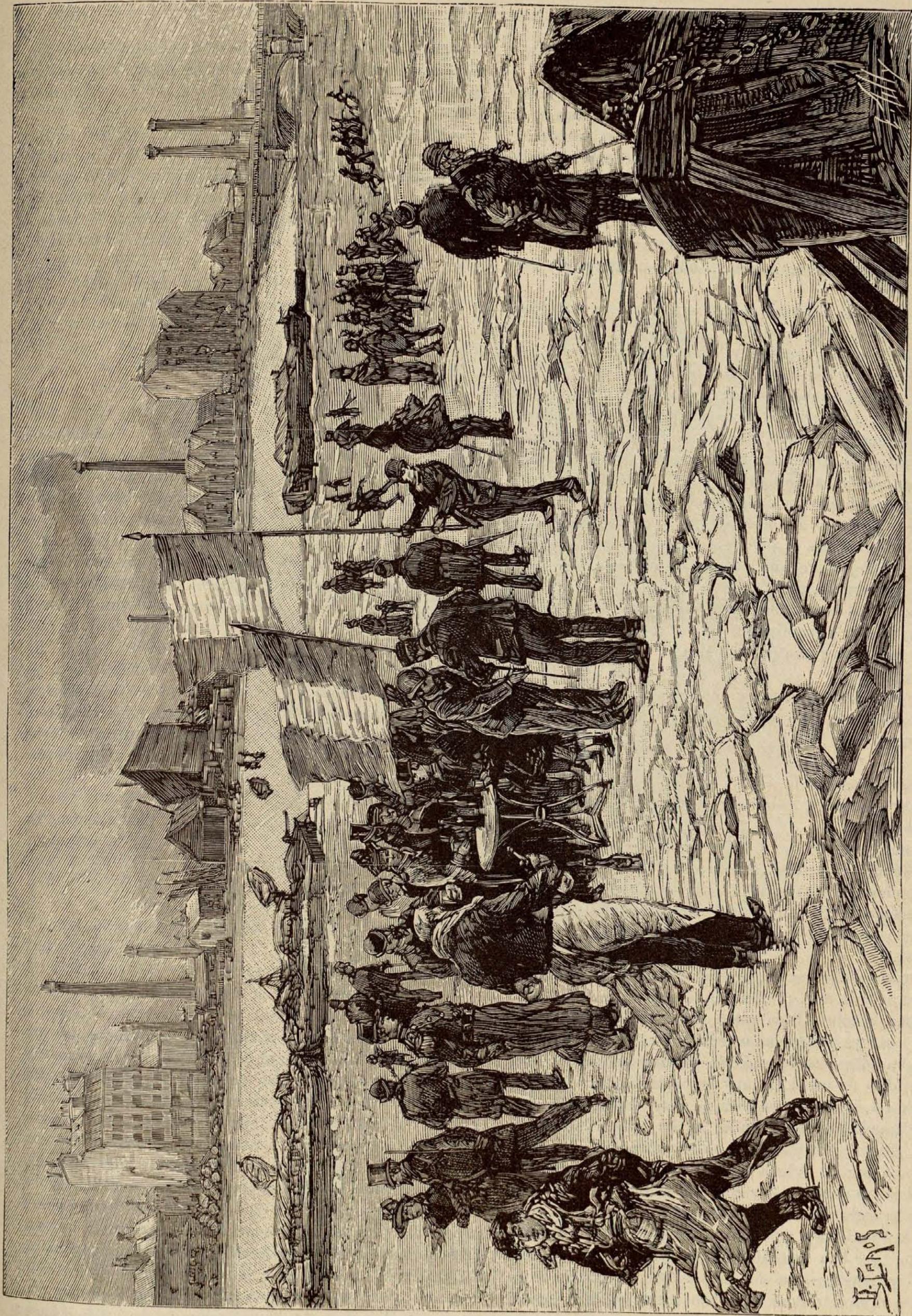
—Tú estás ciego.

—Y tú estás loco.

—Pero vamos á ver, compañero—añadió con toda calma Pejenaute,—¿qué interés tienes en negar lo que está á la vista? Tú, como médico, ¿no has notado que Cazalla ha debido recibir así como un gran golpe, y que hasta se ve algo perturbado en sus funciones intelectuales?

Ante tal insistencia, me pregunté yo sobresaltado: ¿Se habrá vuelto loco, Pejenaute? y le dije:

—Te oigo, y dudo de si eres tú ó algún visionario el que me habla. Si esto es broma, basta de broma; y si no lo es, conste que me das lástima, querido Pejenaute.



EL INVIERNO EN 1891. — PASEO SOBRE EL SENA EN PARÍS.

JEAN

—Eso mismo digo yo de ti, compañero.

Mi irritación aumentó al oírle, y exclamé:

—Si la lesión de Cazalla fuera un hecho, ¿por qué no se queja? ¿Cómo sale de casa sin un mal vendaje? ¿Cómo no la ven nuestras mujeres y todos los demás que tratan con él?

—Eso mismo digo yo; y he ahí la razón de la consulta que te hago. ¿Cómo no se queja, ni sufre, ni se ha puesto siquiera un parche de aglutinante? Es un caso médico rarísimo el de Cazalla.

—No, el de Cazalla no; el de Pejenaute, debes decir.

—El de Cazalla, el de Cazalla..... Ahora mismo voy á describirte la lesión.

Tentado estuve de tirarle el tintero á la cabeza cuando oí esto, pero me repuse y añadí:

—¡Déjame en paz, hombre, y hablemos de otra cosa!

Pero Pejenaute continuó impertérrito:

—El trastorno también es metafísico. El fiscal ya no está tan decididor y chascarrillero como siempre. Vive preocupado, y contesta como distraído. Repite que tiene que trabajar á todas horas, y no frecuenta tanto nuestra compañía como antes. Sus ojos han adquirido un tinte de rara melancolía.

—No me he fijado en nada de eso—contesté;—pero, en fin, ¿qué te propones al hacerme creer lo que no veo?

—¿Y qué pretendes tú al obligarme á no creer lo que veo?

—Conste, Pejenaute, que has perdido el juicio.

—¡El loco eres tú, y tú..... y tú!

—Resolvamos la cuestión de una vez; vamos ahora mismo á casa de Cazalla á examinarle.

—Eso sería una grave imprudencia.

—¿Por qué?

—Porque cuando él oculta su mal, hondas razones tendrá para ello. ¡Además, podrían enterarse en la villa de que tú te has vuelto ciego!

—¡Aunque reviente, ahora mismo vamos!—exclamé furioso, echando á rodar la silla.

—No es prudente, compañero—repetía Pejenaute con gran aplomo.

—¡Vamos! ¡vamos!

—¿Á dónde van ustedes, caballeros?—exclamó mi mujer, entrando de repente en la habitación—¿qué voces son ésas, señores médicos? ¿Se han desafiado acaso?.....

—¡Vamos! ¡vamos!—continué yo, agarrando del brazo á Pejenaute.

Mi Rita se puso por medio, y con su sosiego habitual añadió:

—Pero, marido mío, ¿á dónde quieres llevar á Pejenaute?

¡Ten calma, hombre! Diga usted, señor de Pejenaute, ¿qué cisco es este? ¿Á dónde van ustedes?

—Señora doña Rita de mi alma—contestó mi compañero, —su maridito de usted es muy susceptible. Ya ve usted, porque le he dicho que yo, con la mano izquierda, le doy quince carambolas para veinte, se ha puesto hecho un Ataulfo. ¡Figúrese usted, Rita, quince carambolas! á mí á quien no ha ganado nadie á jugar al billar. Como su esposo de usted es tan soberbiote, y cree que todo el monte es orégano, se ha emberrenchinado y se empeña en que vayamos al Círculo á batirnos á quinientas carambolas.

—Pero, ¡por San Antolín bendito, patrón de Medina!—exclamó mi mujer,—¿qué me cuenta usted, señor de Pejenaute? ¡si ni mi marido ni usted han cogido el taco jamás! ¿qué calaverada es ésta?

—¡Pues *velay usted!* como dicen en nuestra tierra—contestó el médico;—ni él ni yo sabemos jugar, y por eso me desafia. Pero ya nos batiremos mañana, ¿no es verdad, doña Rita?

—Mañana ó el año que viene, eso es; pero hoy no; hoy no sales de casa—dijo mi mujer dirigiéndose con adusto ceño á mí, que me hallaba tumbado en el sofá del despacho, riéndome como un loco, al ver la extraña explicación de mi compañero, y el cual, haciendo una profunda cortesía á aquélla, y guiñándome á mí el ojo, salió de la habitación diciendo:

—¡Hasta mañana! ¡Que te alivies de las cataratas!

Yo, al verle salir, no pude menos de exclamar:

—¡Pobre infeliz! ¡Loco! ¡Buena vejez te espera!

II.

Pasé toda la noche pensando en la inexplicable monomanía de mi amigo. Al día siguiente, no fiándome del testimonio de mis propios sentidos fui á pasar un rato á casa de Cazalla, y le observé á mi gusto, mientras fumamos algunos pitillos. El fiscal estaba sano, bueno y alegre. Ni en la frente, ni en las sienes, ni en el resto de la cabeza tenía señal alguna. Con él se hallaban despachando dos escribanos, un escribiente y varios vecinos de la villa y, ¡es claro! ninguno hizo la más mínima mención de que Cazalla estuviera enfermo. Decididamente, Pejenaute «estaba ido», como suele decirse.

Aquella tarde paseamos, como de costumbre, y el médico insistió en sus muecas é indicaciones, excitándome á que contemplara la cabeza del fiscal. Tentado estuve varias veces de soltarle un bofetón, pero el respeto á nuestras compañeras me contuvo. Para acabar de consumir mi paciencia se me presentó en casa después de cenar. Le recibí con marcada seriedad, y me dijo:

—¿Quieres oírme?

—Con mucho gusto; pero á condición de que no me hables del fiscal.

—He venido á eso precisamente.

—Pues hemos concluido.

Sin embargo, pasado un momento, dije:

—Habla; los locos tenéis derecho á que se os respete.

—¿Me oirás?

—Sí; como quien oye llover.

—Está bien: escucha. Hace unos ocho días que estoy observando al Sr. Cazalla. Desde ese tiempo vengo viendo en la región lateral izquierda y superior de su frente una profunda impresión, causada, al parecer, con un cuerpo contundente de bastante peso y manejado con gran fuerza. Más que una equimosis celular subcutánea, aquello es una verdadera herida, con los bordes abiertos, separados los colgajos, magullado el tejido y con abundantes coágulos laterales. Podrá tener la herida unos seis centímetros de extensión. No sé si existe fracturada alguna porción del cráneo, ó si sólo hay alguna depresión; no sé si sobrevendrá la caries ó la necrosis, pero, en mi observación de estos días, he comprendido que hay desorganización, inflamación y supuración fétida. Existe también algo de estupor en el paciente. La fiebre es alta; hay inyección sanguínea en los ojos, y no puede conciliar el sueño. Ya sabes que es muy difícil hacer

un pronóstico, sobre todo en la cabeza. Posible es que esté bueno, ó que lo parezca; que los tegumentos se cicatricen; que se borre todo sintoma peligroso, y, sin embargo, en este rarísimo y nunca oído caso médico, que tú llamas de Pejenaute, preciso es tener cautela y esperar; porque, á lo mejor, si la conmoción fué muy intensa, si hay infecciones y depósitos purulentos en la masa encefálica, si aparece la gangrena..... se concluyó!

Él habla con nosotros, trabaja, come, pasea y marcha bien al parecer; ¿cómo se explica esto? No lo sé. Misterios de la ciencia. ¿Cuándo ha sido herido? ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sé. Él se

calla y sufre: respetemos su silencio. Que tú no ves esa herida..... Ese es otro misterio que yo tampoco me explico. Sin embargo, somos médicos, y un deber de humanidad nos obliga á estudiar este caso y á tomar una determinación acertada para curarle. ¿Cómo lo haremos? Esto es lo que vengo á consultar contigo. Tú insistirás en que nada ves y en que nada puedes hacer. No importa; yo te describiré la dolencia milímetro por milímetro. Consultemos á Velpeau, á Lafaurie, á Morel-Lavalle, á Nela-ton, á Dupuytren, á Devergie, á Ma-ta, á Tardieu y á todos cuantos

autores quieras. Yo espero que al fin se te aclararán la vista y el entendimiento. No me negarás que en las funciones intelectuales de nuestro amigo se ha operado una transformación: por algo se empieza. Esta perturbación, que tú notas como yo, es efecto del golpe que ha recibido. Si te aferras en sostener que yo veo visiones, peor para nuestro amigo; y si no te decides á ayudarme, serás responsable de su perdición tal vez. Yo sólo no puedo encargarme de ese enfermo; yo no ejerzo, y he olvidado mucho de lo que sabia. En mi cerebro la horticultura ha eclipsado á la medicina. No me echas la carga de curarle: te encargas tú, y se concluyó. Con que ¡al avío!, clasifica la herida como mejor te parezca, con arreglo á la tabla de Devergie, ó á las agrupaciones de Follin, ó por el método viejo de John Bell, ó por el sis-

tema de Biessy; como tú quieras. Seguiré tus indicaciones.

Dejé á mi compañero que hablara de este modo por largo tiempo, mirándole, sonriente unas veces, al contemplar su inusitada verbosidad, y triste otras, pensando en su locura incipiente. Cuando terminó exclamé:

—¡Bravo, amigo mío! Veo con gusto que la horticultura no ha eclipsado á la medicina.

—¿Y nada más ves?—repuso.

—Sí, veo más: veo que no estás bueno, porque padeces una feroz monomanía.

—¡Protesto!—exclamó Pejenaute, dando un tremendo

puñetazo en la mesa.

—No te sulfures, compañero—añadi—y hablemos con calma, no sea que mi señora doña Rita se asuste y crea que continúa la apuesta de las carambolas.

—¿Y quién no se sulfura con tus contestaciones?

—¿Y quién es capaz de resistir tus disparates?

—¡Respetá mis canas!

—¡Respetá tú las mías!

—Tú eres un ignorante.

—Y tú un loco.

—No me dirías eso fuera de aquí—exclamó Pejenaute levantándose y cerrando los puños; ante cuya actitud le agarré de las solapas, y agitándole fuertemente contesté:

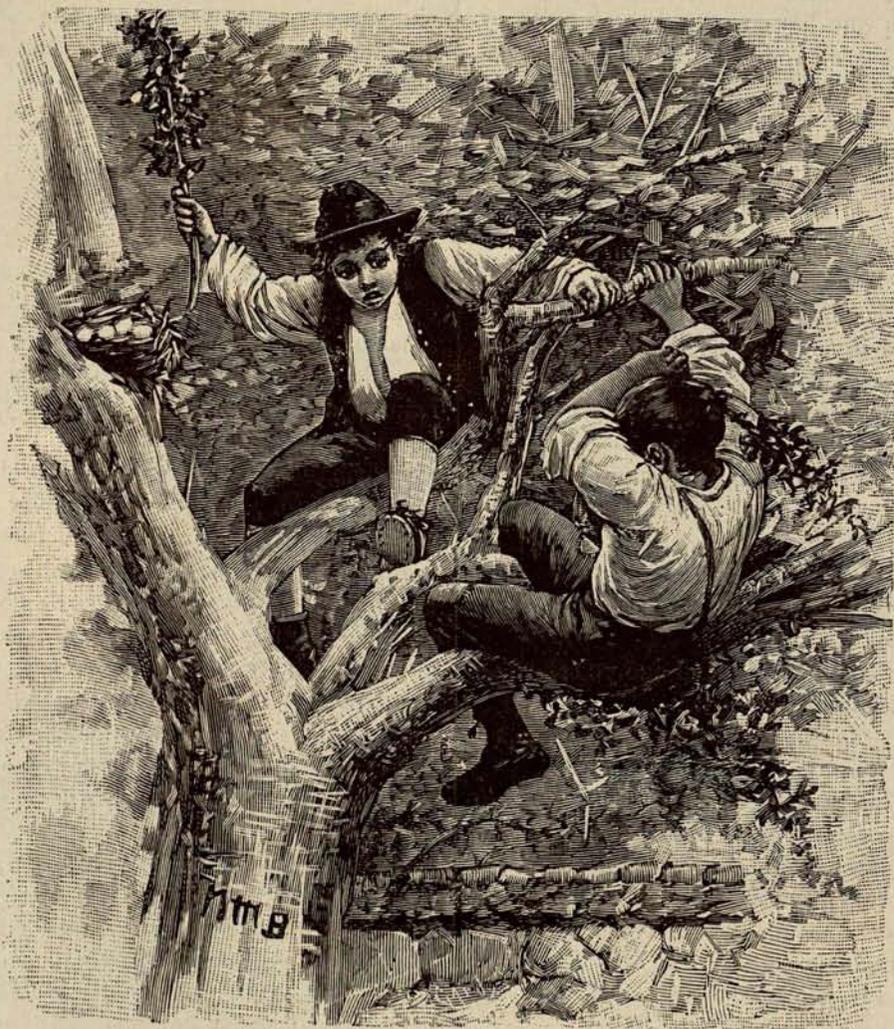
—¡Vamos á donde usted guste, viejo chocho!

Y rodaron las sillas, y al punto se presentaron Rita y varios de mis hijos.

—¡Pero, ¡por Dios!—gritaba mi mujer, separándonos—¿es posible que se tracen así dos antiguos amigos? ¿Qué espíritu del mal se ha metido entre ustedes? ¡A que han vuelto á reñir por las malditas carambolas!

—¡Por carambola tiene usted marido, señora mía!—dijo Pejenaute desde la puerta de la casa, enseñándonos los puños con aire amenazador;—¡pero yo ajustaré las cuentas á ese medicucho, á ese ruin sangrador!

Mis hijos impidieron que me lanzara sobre él, y ahuyentando á mi enemigo con insultos y silbidos, cerraron la puerta. Toda la villa se enteró del escándalo á los cinco mi-



nutos. Interrogado por mi familia, acerca de nuestra disputa, inventé una excusa cualquiera y me propuse no saludar en mi vida á aquel hombre. Para evitar comentarios acerca del suceso, no salí de casa, ni recibí á nadie en algunos días.

III.

No habían pasado tres, cuando una noche, á poco más de las once, vino á buscarme un criado del fiscal, diciéndome que su amo estaba enfermo y que urgía mi visita. Alumbrados por el farol que el muchacho llevaba, atravesamos las distintas callejuelas que hay entre nuestras casas, y entretanto le interrogué acerca de lo que Cazalla tenía. Contestó el criado que nada sabía; que su señorita le había hecho levantar para que me avisara, y que no podía decirme más.

En casa del fiscal encontré á su esposa Irene llorando y sin consuelo.

—¿Qué ocurre, señora?—le pregunté.

—Una cosa horrible, doctor; mi marido acaba de venir con una gran herida en la cabeza.

Al oír esto me quedé inmóvil, como si el cielo se hubiera desplomado sobre mí. Un sudor frío corrió instantáneamente por todo mi cuerpo, y tuve que arrimarme á la pared para no caerme.

—Señora—añadí con trémula palabra—¿es verdad eso?

—Desgraciadamente es cierto.

—¿Y dónde tiene la herida?

—Encima de la sien izquierda.

Me froté los ojos creyendo que soñaba..... y repetí:

—¿Pero es verdad eso?

—¡Por Dios, señor médico! ¿Cree usted que yo estaré de broma con los ojos arrasados en lágrimas?

—¡Perdóneme usted, señora! ¡perdóneme usted! Vamos á ver á Cazalla.

Y seguí á Irene por los pasillos, fuera de mí, sintiendo tremenda presión en el corazón y gran zumbido en los oídos, sin darme cuenta de si estaba en casa de mi amigo ó en los profundos infiernos. Entré en la alcoba. El fiscal yacía sin conocimiento sobre el lecho, con la cabeza vendada con un pañuelo de bolsillo, cuajado de sangre.

Temblando como un azogado descubrí la herida, la lavé, hice que le desnudaran y acostaran, y me santigué repetidas veces. La lesión, con todos sus detalles, era la misma, exactamente la misma que ocho días antes me había descrito Pejenaute. ¡Calcúlese mi asombro! Durante mis primeras manipulaciones hube de sentarme repetidas veces, creyendo que me volvía loco por momentos.

Cuando me quedé á solas con Irene y con su esposo, que aun no había vuelto en sí, la pregunté:

—¿Cuándo ha salido Cazalla de casa?

—A eso de la nueve.

—¿Estaba bueno entonces?

—Perfectamente; hoy hemos paseado, como siempre, con Pejenaute y con Rosita, y después de retirarnos á casa y cenar, ha salido para el Círculo, como todas las noches.

—¿Ha tenido Cazalla alguna cuestión con Pejenaute?

—Ninguna: precisamente hoy hemos estado más alegres que nunca en el paseo; y durante la cena me ha estado pon-

derando Cazalla la excelencia del carácter y del bondadoso y sencillo trato de Pejenaute y de su mujer.

—¿Sabe usted si el fiscal tiene alguna enemistad en el pueblo?

—Ninguna: nosotros no nos tratamos más que con ustedes.

—¿Qué ha dicho Cazalla al llegar á casa?

—Apenas ha hablado. Cuando el muchacho ha abierto la puerta, y se ha alarmado al verle lleno de sangre, le ha dicho: «¡Silencio! ¡Que nadie sepa que vengo herido, ó te mato!» A mí me ha impedido gritar y pedir socorro, y, al irse á sentar, se ha desmayado. Entonces entre el muchacho y yo lo hemos puesto sobre la cama. Mis pobres niñas no saben nada; están dormidas hace una hora. Diga usted, doctor, ¿se morirá mi marido?

—No, señora; el caso no es tan grave; se curará de aquí á quince días.

—Pero ¿este largo desmayo?.....

—Se debe á la pérdida de sangre y á la conmoción. Esté usted tranquila y confíe en mí.

Hasta la madrugada no volvió en sí el fiscal. Al abrir los ojos me miró y me dió un cariñoso apretón de manos, é iba á hablar, pero yo le hice seña de que callara.

—No le conviene á usted hablar—le dije;—tengamos calma; la cosa no es de cuidado, y después hablaremos largo.

Horribles horas pasé en aquella inolvidable noche, en que velé al herido. ¿Ha oído nadie hablar jamás de un caso tan increíble y tan estupendo como éste? Para mí había dos verdades espantosas é irreconciliables, y que, sin embargo, coincidían: las manifestaciones de Pejenaute y la herida de Cazalla. No pude, ni debí creer al primero, cuando me habló de esta lesión; y ahora, en presencia de la herida, me repugnaba el creer, ó que la herida existiera, ó que Pejenaute me la hubiera descrito antes de existir. Y sin embargo, ambas cosas eran ciertas. Enemigo como soy, en la ciencia, de toda explicación misteriosa ó que no sea racional, deseché, en el abrumador combate de presunciones é hipótesis que sostuvo mi cabeza en aquella noche, todo raciocinio obscuro. Pero en vano traté de encontrar alguno más claro. Ya muy de mañana, dejé á Cazalla en grave estado aún; convine con su esposa en que dijéramos que padecía un ataque de congestión, prohibiendo que le visitara nadie; fui á mi casa, anuncié así su dolencia, me arreglé, y decidido á descorrer el velo del misterio, me encaminé á casa de Pejenaute á hacer las paces con él y á pedirle que me sacara de mi espantosa incertidumbre. Supuse que á aquellas horas estaría en su huerto, como de costumbre, regando las plantas y levantando las cubiertas de paja del semillero. En efecto, miré por el agujero de la cerradura de la puerta del huerto, y le vi, muy afanoso, contando las peras de una línea de arbolillos, extendida á lo largo del sendero. Empujé la puerta, abrí, y grité desde el umbral:

—Amigo Pejenaute, ¿cómo están las peras?

El médico se volvió rápidamente, y al verme, se dirigió á un rincón de la pared, cogió una escopeta que en él había, armó el gatillo, asomó al sendero en que yo estaba, y me apuntó, diciendo:

—¡Ah, perro, medicucho, sangramonas! ¡Ahora verás cómo se cura á los locos! ¡Allá va! ...